

MARÍA PILAR QUERALT, *Tórtola Valencia. Una mujer entre sombras. Unas palabras de Alonso Quesada*, Barcelona, Lumen, 2005.

La Editorial Lumen acaba de publicar el libro *Tórtola Valencia. Una mujer entre sombras*, firmado por María Pilar Queralt.

Hay que alabar el intento de presentarnos la historia de una mujer del espectáculo que estuvo presente en las primeras páginas de la prensa de su época.

De entrada tengo que decir que creo se ha perdido una gran oportunidad para contar la historia de “la bailarina de los pies descalzos” desde un punto de vista más aséptico, más fiel a la historia que fue y no a la historia que hubiésemos querido. Lo digo porque el texto acude casi solamente a los aspectos ditirámicos de la artista que triunfó en Europa y en América durante la segunda y tercera década del siglo XX. Siempre se adaptó a la circunstancia que le tocó vivir (muy orteguiana ella), buscando el apoyo del público y la connivencia de la gente de letras y de los artistas, entre los que “fue objeto de un fugaz movimiento de admiración”, como afirma el estudioso David Vela. Al llegar la segunda República española, ya su arte en ocaso, se declara ferviente republi-

cana. Un poco más tarde se adaptó muy bien a la católica España de Franco, como algunos otros artistas; cosa que no habrá que censurarles, pues todo ser humano busca sobrevivir, menos los que se empernan en defender sus propias ideas, incluso ante las sinrazones.

Aclamada por muchos y denostada por otros tantos, tuvo su puesto en la vida pública del espectáculo en la época indicada. Diciendo que fue ensalzada y cantada por intelectuales de la casta de Antonio de Hoyos y Vinent o de Federico García Sanchiz, está dicho todo, o casi todo.

Seguir manteniendo a estas alturas que el poema “La bailarina de los pies desnudos” de Rubén Darío (“Iba, en un paso rítmico y felino [...] la bailarina de los pies desnudos”) fue escrito expresamente, y dedicado (como aparece en el libro en la página 46, datado en “1912”) a Tórtola Valencia, es seguir manteniendo planteamientos erróneos, y seguir malinformando al lector no avisado. El poema de Darío apareció en el libro *El Canto errante*, publicado en 1907, y allí no lleva dedicatoria

alguna. Y la danzarina debutó en 1908. Curiosamente, en el muy provechoso “Index personae” (¿no debería ser “personarum”?) de esta biografía, al citar las obras de Rubén Darío, no se menciona *El Canto errante*. Ya que estamos en este “Index”, al hablar de Villaespesa, se cita su obra *La copa del rey de Thule* como *La copa del rey Thule*. Añadamos que, al hablar en el “Index” de García Sanchiz, no cita las tres no-velitas que este escribiera con Tórtola Valencia como protagonista. Sí habla de *La zarpa de la esfinge*, la novela de Hoyos donde aparece la bailarina transmutada en el personaje de Judith Israel. Por cierto, hay una llamada en la página 60, al hablar de esta obra, que remite a la nota 7 de la página 177. ¿Qué significa “Véase *La esfinge del marqués de Vinent*”?

Lo de que malamente pudiera haber sido la inspiradora del poema de Darío ya lo dijo la profesora de Danza y estudiosa de Tórtola Valencia Iris Garland (que la autora incluye en sus Fuentes documentales: “Modernismo and the Dancer, Tórtola Valencia”, *Corner*, 2, 1999). Allí nos dice: “Rubén Darío’s poem, *La bailarina de los pies desnudos*, was occasionally included in Valencia’s programs,

and has been attributed as a eulogy to her. However, Darío’s poem was written in 1907, the year before her professional debut (1908), so Tórtola Valencia could not have been the inspiration for it”.

Mi amigo Günther Schmigalle me dice que “en una edición vieja de la poesía de Darío (*Poesías completas*, edición, introducción y notas del mexicano Alfonso Méndez Plancarte, Madrid: Aguilar, 1952), ‘La bailarina de los pies desnudos’ aparece en las páginas 817-818, sin dedicatoria alguna; pero en las notas de Méndez Plancarte, en la página 1301, el título se cita con una dedicatoria ‘(a Isadora Duncan)’, mas no está claro en qué edición (si acaso) el poema apareció con esta dedicatoria.” Amigo Günther, ¿vieja una edición de 1952?

¿Dedicaría Darío, posteriormente, en 1912, alguna copia del poema a la bailarina myrurgiana? Si es así, sería de desear que apareciera el facsímil de dicha dedicatoria, como aparecen otros en el libro. (Es el caso del firmado por la “Decana de las Cautivas por España”, Pilar Millán Astray.)

En México fue acusada en la prensa de comprar a los poetas mediante invitaciones a comidas y entradas para sus actuaciones con

el fin de que le dedicaran poemas. Se dice que por ese método recolectó ciento cincuenta composiciones en loor a su persona.

Hablando del fracasado debut de Carmen Tórtola Valencia en España, en el teatro Romea de Madrid (2-XII-1911, páginas 35-36 del libro), la autora cita a Rubén Darío entre los intelectuales “que rodeaban al pobre empresario”. Tengo entendido que Darío firmaba en París una crónica enviada a *La Nación* de Buenos Aires en aquel mes de diciembre.

Sería interesante poder ver los álbumes de “Judith Israel”, por si existiera alguna dedicatoria, o un cartel, o un apunte del pintor, figurinista y escenógrafo canario Néstor Martín Fernández de la Torre; pues algunos detalles de los modelos de Tórtola (firmados en los años 40, lo que podría indicar una fijación en sus comienzos artísticos) tienen cierto aire de las majas nestorianas de 1915 (y, también, de las obras del dibujante y figurinista José Zamora, el Pepito Almansa de las novelas de Hoyos, del que se debió hablar en el “Index”). El estudioso de Néstor y ex-director del Museo del artista en Las Palmas de Gran Canaria, Pedro Almeida, ha publicado una nota de

la bailarina dirigida a Néstor, sin datar, en la que ésta se autoinvita a tomar el té en el estudio del pintor. Al igual que de Antonio de Hoyos, también se habló en la prensa sensacionalista de la época de que “Néstor va por ahí con Tórtola”.

En el apartado “El álbum de Tórtola Valencia”, hubiera sido de desear que, al menos en los autores más conocidos, se explicitara la fuente de los elogios. Es el caso de Maeterlinck (p. 101). Por cierto, el novelista y dibujante Álvaro Retana aparece como “Retama” en la página 97.

La “Cronología” ofrecida al final del libro es interesante y útil. Al colocar al lado de los sucesos de la vida de la protagonista los que ocurren en España, en Europa y América, se puede contextualizar mejor su biografía. Me pregunto por qué el título de la obra de Arnold Schönberg (se le cita como Schomberg) se traduce allí (p. [155]) como *Pierrot en la Luna*, y en la misma página se habla de *Ballets Russes*. Hay más ejemplos de este tipo. O se traduce todo lo traducible, o no se traduce nada.

A Tórtola Valencia no sólo “la perseguía la condena de los sectores más conservadores de la sociedad”, sino la de intelectuales de

signo liberal y nada conservadores. Como ejemplo, presento un escrito de Alonso Quesada de un periódico de Las Palmas de Gran Canaria, donde el escritor se muestra contrario al mundo que representaban entonces Tórtola Valencia, Gloria Laguna, “cierta condesa morena”, el escritor Antonio de Hoyos y Vinent (que parece se prestó a un propagandístico *affaire* amoroso con la bailarina, y del que alguien ha dicho que “fue un escritor mediocre, un mal aristócrata y peor anarquista”), etc. Y no por motivos morales, sino por desvirtuar el espíritu y la poética del llamado decadentismo francés, sobre todo de dos de sus autores que la crítica española de entonces equiparaba a Hoyos, por el solo hecho de citarlos éste cada dos páginas: Jean Lorrain y Rachilde.

El el texto, el autor se muestra crítico con *El remanso*, una novela de Antonio de Hoyos y Vinent. Su autor se abstiene de nombrar la obra y el autor, y apela a su conocimiento de Jean Lorrain y de Rachilde, para afirmar que la literatura galante que se elabora en Madrid no tiene nada que ver con la de los autores franceses. *Monsieur Vénus*, de Rachilde; y *Monsieur de Phocas*, de Lorrain, están aquí aludidos.

El artículo que presento se publicó sin firma, como tantos otros textos, en un periódico de Las Palmas de Gran Canaria en el que Alonso Quesada colaboraba en 1920. El texto está en la misma línea que el “Poema truncado de Madrid (Entrevisión de un insulario)”, posiblemente en proceso de elaboración entonces. En el “Primer canto” (*España. Semanario de la vida Nacional*, Madrid, nº 286, 23-X-1920) y en el “Canto segundo” (*España*, nº 287, 30-X-1920), hay evidentes alusiones al escritor Antonio de Hoyos y Vinent. En otro texto, titulado “Panorama espiritual de un insulario. Villaspesa, el califa” (publicado en *La Publicidad*, Barcelona, 28-VII-1921; y que se puede leer en *Alonso Quesada. Obra completa*, t. 6, *Prosa. Insulario*, pp. 223-226), alude a Hoyos como “un aristócrata que hacía libros”, citando a renglón seguido a “la vieja marquesa de La Laguna”. El novelista galante era sordo de nacimiento y protagonizó escándalos con varios personajes, entre ellos con la Marquesa de La Laguna. En la crítica se hacen referencias a personajes de otras novelas, como Gloria Laguna, lesbiana madrileña que protagoniza la novela *Las hetairas sabias* (1916). A

la marquesa de La Laguna la había citado Alonso Quesada en otro artículo publicado en *La Publicidad* el 29 de agosto de 1920, “Un Gobierno español visto a través del Atlántico (Crónica sin trascendencia)” (en la *Obra completa*, t. 6, *Prosa. Insulario*, se puede ler en las páginas 147-150).

Tórtola Valencia, “una hierática danzarina de los pies descalzos”, es recordada en el texto que presento tragando siete ensaimadas con chocolate en una vaquería de la calle de Alcalá de Madrid.

El título del escrito es “La vida literaria. Jean Lorrain, en Madrid”. Dice así:

Acabamos de doblar la última página de uno de los libros que Madrid envía hacia la ingenuidad de las provincias. Un libro que emana un denso vaho de estupidez, a través de su portada ambigua... No diremos el título ni el nombre que el lector lo adivinará si sigue leyendo.

Desde la parda lontananza de la provincia, Madrid asume el fabuloso prestigio de una Bizancio extenuada de deleites sobre un cenecio paisaje de la Mancha, donde Gloria Laguna tuviera el gesto fastuoso de una Basilisa mitrada de gemas. En aquellos casinos de lámparas opacas abundan las inocentes psicológicas rurales que sueñan en un Madrid macerado y equívoco, poblado de perfiles arbitrarios. Los mitos de un vicio elegante propagado por ciertos libros de

kiosco reverberan en este candor lejano.

¿Rachilde en Madrid? No, las finas siluetas de la decadencia no pasean por la calle de Alcalá. Madrid tiene una luz cruda y neta. En el fondo de su topografía moderna, yacen unos ademanes de este depósito cerril. El Hotel Ritz es un blanco promontorio donde refugian sus nostalgias distinguidas unos cuantos, que aspiran a Europa, mientras la orquesta de los Boldi compone un *fox-trot*. Pero fuera de aquellos recintos donde florecen las pantallitas rojas de las lámparas, Madrid tiene una claridad destartalada, muy diferente de aquella luz de ópalo de París, de aquella niebla tornasolada donde sonríen unas bocas pintadas que tienen unos dientes dorados...

¡Si esa gente que lee estos libros en el ocio agreste pudiesen atisbar la intimidad de cierta condesa morena que se ha hecho célebre por sus expediciones a la florida isla de Lesbos! ¡Tan sensata como resulta este Safo del café de Puerto Rico que fuma cigarros de cincuenta céntimos, con la delectación con que una de las protagonistas de Lorrain chupa la caña del opio extático...! ¡Si esa gente pudiese escrutar el silencio de cierto novelista sordo, vinculado a unos blasones, que ha merodeado por todo el suburbio en busca de guiños vitandos...! ¡Si esa gente pudiese ver cómo una hierática danzarina de pies descalzos ingurgitaba un chocolate con siete ensaimadas en una lechería de moda de la calle de Alcalá! A pesar de su rizadas plumas negras, de sus velos, de sus collares, de

sus sortijas arcaicas, de su ritmo ondulo-
so, de sus plásticas coreográficas, ya
endurecidas por la edad —ya era vulgar
como una carnicera enjoyada en noche
de domingo. Oyéndola se advertía la
simulación de sus bailes nimbados de

humareda de resinas orientales y de
melodías de Schumann y de Grieg.

ANTONIO HENRÍQUEZ JIMÉNEZ

UNED. Las Palmas de Gran Canaria

NICHOLAS ORME, *Medieval Children*, New Haven & London, Yale University Press, 2001, 387 pp. 125 ilustraciones (55 b/n).

En la línea de las monografías publicadas por Shahar (1990), Hanawalt (1993) o Crawford (2000)¹, *Medieval Children* aporta evidencias artísticas, literarias, jurídicas y científicas que refutan la polémica afirmación que realizó el historiador francés Philippe Ariès en 1960: “en la sociedad medieval [...] el sentimiento de la infancia no existía”². A través del análisis exhaustivo de sus fuentes, Nicholas Orme intenta reconstruir cuál fue la disposición social para con la infancia en la Edad Media, así como presentar una visión fidedigna de la realidad y del papel que los niños jugaron en ella.

Orme, que en varias publicaciones anteriores³ se había centrado en la crianza, crecimiento y educación de los niños en Inglaterra, amplía su campo de estudio en *Medieval Children*, donde además aborda los peligros que los acechaban, los juegos y literatura que poseían o las características de su proceso de inserción social. Para ello, el autor utiliza una serie de recursos que, como atañen a diferentes clases sociales y pertenecen a múltiples disciplinas, otor-

gan al libro un carácter inclusivo; es decir, *Medieval Children* no focaliza su atención en un estamento determinado de la sociedad sino que ofrece información sobre “todos” los niños, desde los más pudientes hasta los que vivían en condiciones de extrema pobreza. De esta manera, Orme se sitúa en una posición privilegiada desde la que plantear hipótesis acerca de los comportamientos y actitudes que manifestaron los adultos hacia la infancia e, incluso, los mismos niños dentro y fuera de su grupo de edad. Tanto el material de consulta como la perspectiva adoptada permiten que el autor sea más minucioso y acertado en sus conclusiones, pudiendo expresar sin ambages que “Medieval people, especially (but not only) after the twelfth century, had concepts of what childhood was, and when it began and ended” (p. 5).

El principal objetivo de *Medieval Children* es describir la vida cotidiana de los niños en la Edad Media dentro de un marco socio-cultural adecuado, que abarca desde el nacimiento hasta la etapa de la adolescencia y comprende un

lapso temporal que se remonta a la época anglosajona pre-normanda y termina en las primeras décadas del siglo XVI. Para llevarlo a cabo, Orme divide el volumen en nueve capítulos que examinan las especificidades de la infancia en orden cronológico a la vez que presenta el acervo cultural y lúdico del que gozaron los niños durante ese periodo, que no sólo resultaba de las enseñanzas de los adultos y de los juguetes que manufacturaban sino también de la propia inventiva infantil.

En una breve introducción, Orme define el término ‘infancia’ y aclara ciertos matices semánticos, temporales y espaciales sobre éste; encuadra *Medieval Children* en el debate iniciado por Ariès, y secundado principalmente por de Mause (1974), Shorter (1975) y Stone (1979)⁴; anuncia la conveniencia y riqueza informativa de los documentos recopilados; y adelanta parte de la temática que va a exponer en este trabajo.

El primer capítulo, “Arriving”, se ocupa del nacimiento e incluye cuestiones prenatales —como, por ejemplo, las teorías científicas y religiosas acerca del desarrollo del embrión y del feto, o las supersticiones de las mujeres a punto de

dar a luz— y otras relacionadas con la labor de la matrona o los cuidados del neonato y de su madre durante el puerperio. Luego se centra en el significado del bautismo cristiano y en las formalidades del ritual, que se interpretaba como un acto simbólico donde el recién nacido pasaba a ser un miembro más de la comunidad con nombre y señas de identidad. Orme afirma que las páginas de los registros parroquiales, donde a veces se recogían los eventos más destacados de la vida infantil, reflejan un interés genuino por los niños, bien sea debido a motivos legales (*e.g.* para comprobar la mayoría de edad en caso de herencia prematura) bien a la práctica extendida de descifrar el carácter, la esperanza de vida o el futuro del bebé atendiendo a los astros predominantes o a las cualidades del número resultante de su fecha de nacimiento (pp. 43-50).

A continuación, en “Family Life”, Orme reproduce cómo fueron los primeros años del niño dentro del núcleo familiar, ejemplificando sus ideas con datos relevantes acerca de quién se encargaba de cuidarlos y alimentarlos, o de cómo el destete constituía un punto de inflexión y daba paso a

cierta independencia que había de ser casi definitiva a los siete años (p. 68). Además, el autor sostiene que la división día-noche repercutía en la dieta, educación, sueño, vestimenta y juegos de los niños, y, a partir de ilustraciones y textos protocolarios, también indica cómo, cuándo y dónde pudieron llevarse a cabo todas esas actividades. Otro apartado lo dedica a la relación existente entre padres e hijos, basando sus afirmaciones al respecto en pruebas artísticas y literarias. Orme no obvia las reprimendas verbales o castigos físicos, por lo general muy severos, que los padres infligían a niños, adolescentes y jóvenes, pero contrarresta su dureza con la inclusión de sentidos epitafios inscritos en las lápidas sepulcrales o de textos didácticos que sugerían rezar por los hijos diariamente. El ejercicio de la autoridad paterna o de los maestros se entendía como el camino idóneo para configurar la personalidad del niño. Según Orme, una fuerte disciplina física y psicológica no significaba que hubiera falta de afecto sino que demostraba una serie de creencias perfectamente arraigadas en la religión y en costumbres ancestrales (p. 84). Este segundo capítulo se cierra con una

sección que concierne al estamento más bajo y desfavorecido de la sociedad medieval: los pobres. En ocasiones, los historiadores y demás estudiosos de la Edad Media han contribuido a fomentar una visión parcial y estereotipada del nacimiento, crecimiento y educación infantil, sobre todo cuando sus inferencias se han basado en testimonios pertenecientes a los sectores más acaudalados. Orme ha querido eludir este tipo de focalización incluyendo un pequeño resumen de la situación de los niños pobres, que debían sortear aún más obstáculos y adversidades para sobrevivir. En efecto, estos niños acarreaban serios problemas económicos a sus familias, por lo que a menudo dependían de la caridad o de instituciones benéficas que apenas podían satisfacer sus necesidades básicas.

El capítulo tres, “Danger and Death”, tampoco ahorra detalles escabrosos sobre el niño medieval, al tratar de sucesos tan frecuentes como el infanticidio, el abandono o el abuso físico por parte de padres, educadores e incluso compañeros de clase o juego, así como los riesgos e impedimentos sociales que afrontaba un niño con alguna minusvalía. Precisamente

por su naturaleza repetitiva, las autoridades religiosas y jurídicas procuraron frenar el maltrato infantil con un sistema punitivo y penitenciario acorde al daño hecho. Asimismo, Orme apunta que las fuentes consultadas desprenden un reconocimiento explícito de la fragilidad de los más pequeños; cuando los niños se encontraban en peligro, sufrían accidentes –bien por negligencia, bien inesperados– o padecían graves enfermedades, los padres se afligían hasta el punto de buscar cualquier solución, sin importar lo disparatada o compleja que llegara a ser, para evitar el dolor de sus hijos. Esto ocurría en todas las clases sociales y, como máximo, hasta los siete u ocho años, cuando la protección parental se relajaba para que el niño desarrollara un instinto temprano de autoprotección y comenzara a manejarse de forma independiente en el medio. El autor también presenta algunas cifras sobre el número estimado de muertes infantiles durante la Edad Media, recapitula sus causas más probables atendiendo al contexto histórico, y recuerda que el niño medieval no era ajeno a la muerte porque solía presenciar el fallecimiento de sus parientes más cerca-

nos y los trabajos realizados en los cementerios o en las necrópolis de iglesias y monasterios. Las dos últimas secciones hablan de aspectos *post-mortem*, que se deducen gracias a la información incluida en los registros parroquiales, la imaginería de las iglesias (grabados, relieves, mosaicos) o las inscripciones y ornamentación de las tumbas infantiles; éstos arrojan luz sobre los ritos que precedían a los funerales, los lugares y costos del enterramiento, las ofrendas que lo acompañaban, la elección de monumentos y lápidas conmemorativas o los miedos existenciales que se derivaban de la muerte infantil antes del bautismo.

Los capítulos cuatro y cinco se centran en dos elementos fundamentales para el tiempo de ocio de la infancia medieval, *i.e.* piezas musicales (canciones, rimas o pequeños poemas para ser cantados) y juegos. Por un lado, “Words, Rhymes and Songs” contiene abundantes ejemplos de composiciones líricas y poéticas diseñadas específicamente para los niños, que Orme ha juzgado como tales por su finalidad (educativa, moralizante, recreativa o informativa), su tono (admonitorio, humorístico, satírico o enigmático), o su forma

de mostrar la realidad (recurriendo a historia, la analogía, la imaginación, la fantasía y el sentido de lo ridículo o banal). A pesar de estos rasgos distintivos, Orme admite que es difícil trazar una clara línea que separe la literatura infantil de aquella supuestamente dirigida a la población adulta, ya que “very little material is labelled ‘for children’” (p. 138); lo único que puede hacer entonces es especular basándose en los personajes, el escenario, las funciones o la simplicidad de la trama y de las referencias textuales.

Por otro lado, en “Play”⁵, el autor explica cómo el juego influye en el desarrollo físico y psicológico del niño, puesto que no sólo le proporciona gran cantidad de retos y satisfacciones, sino que también es una acción que los diferencia y clasifica como un grupo de población “no-adulta” con un grado menor de responsabilidad social, y los ayuda a interactuar y entender el mundo circundante. La variedad de actividades lúdicas y de modelos, tamaños, colores, formas y materiales de los juguetes medievales indican que los adultos procuraban garantizar la diversión infantil; de hecho, éstos incitaban a los niños a imitar acontecimientos

y quehaceres de la vida real (tareas domésticas, cacerías, incursiones militares) y construían objetos apropiados para sus ratos de esparcimiento. Las representaciones y juegos normalmente eran cíclicos, puesto que su práctica dependía de la estación del año, de las festividades, de la legislación o de la moda vigente.

La importancia del Cristianismo en la vida infantil se retoma en el capítulo seis, titulado “Church”, que Orme elabora, en cierta medida, a partir de un artículo preliminar: “Children and the Church in Medieval England” (1994)⁶. En la Edad Media, los niños se introducían en una especie de relación *quid pro quo* desde que eran bautizados, la cual se reforzaba con sus obligaciones cristianas posteriores (*i.e.* asistencia a la eucaristía, confesión, penitencia o comunión). Con el Bautismo, la Iglesia aceptaba al individuo en su seno y adquiriría un rol activo en su educación; por su parte, el niño bautizado se comprometía, inconscientemente, a observar los preceptos religiosos de la doctrina cristiana, aprendiendo de sus padres —que a veces contaban con guías escritas o aprendidas de memoria— y de las ceremonias eclesiásticas. En esta sección de

Medieval Children, Orme compila las directrices que pudieron recibir los niños en sus hogares y en los centros religiosos o qué servicios prestaron en las celebraciones cristianas, sirviéndose de catecismos, misales o elementos decorativos hallados en manuscritos, cuadros y frescos

Los capítulos siete y ocho hablan de la alfabetización y la literatura infantil, dos temas relativos a la educación que el autor ya había analizado en artículos previos⁷. “Learning to Read” se detiene en el posible proceso de aprendizaje de las letras, sílabas, palabras y, por último, frases y pasajes más largos o complejos. Sin datos fehacientes y definitivos sobre el índice de alfabetización o sobre el uso de los manuales de escritura y catones en la Edad Media, Orme sólo puede hacer conjeturas sobre quiénes se beneficiaron de su contenido, qué técnicas se emplearon para su enseñanza o cómo y cuándo se adquiriría la lectoescritura. Leer no estaba al alcance de todos los niños medievales; mientras que algunos podían aprender en casa —porque un pariente los instruía o porque su familia gozaba de los medios económicos para que sus hijos disfrutaran de tutores priva-

dos—, los de extracción más humilde asistían, con suerte, a instituciones educativas o adquirían esta capacidad al ejercer de aprendices para profesiones vinculadas a las letras.

“Reading for pleasure” gira en torno a la literatura creada *ex professo* para los niños lectores. Este tipo de literatura variaba en su naturaleza, objetivos y protagonistas, aunque era habitual que recreara situaciones —a través de relatos históricos o ficticios y fábulas— que se prestaban a la inclusión de tintes didácticos y morales, o al establecimiento de normas y conductas sociales (*e.g.* maneras exquisitas de actuar en la mesa) que, siendo deseables en los adultos, era conveniente imponer desde una edad temprana. Además, existía una cantidad considerable de textos hagiográficos redactados en forma de cuentos y diseñados para aumentar el contacto de los niños con la religión y las hazañas de los santos, que eran dignas de imitación y alabanza, y para modelar subliminalmente el comportamiento infantil de acuerdo a los cánones cristianos. De nuevo, Orme encuentra dificultades cuando trata de distinguir entre la literatura infantil y la adulta —“there is no reason to sup-

pose that fables in England were primarily or solely a genre of stories for children” (p. 285)—, por lo que asume que hubo una interacción constante y un enriquecimiento mutuo que abolía, en cierto modo, los límites tradicionales que las separaban.

El último capítulo, “Growing up”, es un recorrido por la etapa de transición hacia las responsabilidades y las ocupaciones típicamente adultas, la cual se caracterizaba por la obtención de una independencia de criterio progresiva. Durante esta fase de la vida, los hijos de familias pudientes recibían una educación superior en lugares bastante lejanos, escindiéndose, en parte, de los lazos y de la protección familiar, y también viéndose obligados a afrontar los contratiempos por sí mismos. El resto de niños necesitaba del trabajo para sobrevivir, por lo que su prioridad no era el estudio formal sino la adquisición de una serie de conocimientos y habilidades básicas de carácter práctico que los ayudaran a desempeñar una función útil y, sobre todo, remunerada dentro del engranaje social. Los varones solían ejercer de aprendices con sus padres o con maestros reputados de la artesanía, orfebrería o admi-

nistración, mientras que las niñas tomaban sus referencias de los ámbitos doméstico y agrícola para luego realizar tareas de servicio en el hogar, de confección textil o de recolección en el campo. Una vez finalizado el proceso de aprendizaje, los niños estaban supuestamente preparados para incorporarse al mundo laboral, que les brindaba más oportunidades y beneficios económicos en los núcleos rurales o urbanos florecientes, en las propiedades de la aristocracia o en la Iglesia. Los niños y jóvenes trabajadores que ya no vivían bajo el amparo de sus familias se convertían en individuos con deberes y derechos en la comunidad. Sin embargo, la interacción entre infancia/juventud y legalidad era un asunto muy espinoso en la Edad Media, hasta el punto de no existir unanimidad entre los juristas de la época: “The topic of children and the law [...] was a complicated one. It differed according to status, gender and property. There was no single age of responsibility or majority” (p. 327). En último lugar, Orme aborda cómo vivían la sexualidad los niños medievales atendiendo a su desarrollo físico y a las convenciones socio-religiosas que dictaminaban las conductas

adecuadas y refrenaban sus instintos, al menos hasta que tuvieran la edad estipulada por la ley para contraer matrimonio, *i.e.* a los doce o los catorce años según se tratase de un niña o de un niño.

Desde su publicación, *Medieval Children* no ha estado exento de críticas. En una reseña a esta obra⁸, Sally Crawford⁹ ha apuntado, por ejemplo, que, en su afán por demostrar que Ariès erró en sus premisas, Orme tiende a suavizar la faceta más cruel de la sociedad medieval y a presentarla como contrapunto a la afectividad y comprensión que los adultos desplegaron con sus hijos. Crawford tampoco está de acuerdo con el tratamiento casi lineal que Orme realiza de la infancia; el texto apenas menciona la evolución que sufrieron los niños en el periodo que media entre los siglos VII y XVI, la cual tuvo que haberse producido forzosamente como resultado de los cambios históricos, económicos y socio-culturales que se produjeron en Inglaterra durante dicho periodo.

A pesar de las puntualizaciones como las realizadas por Crawford, *Medieval Children* debe ser apreciado por su acercamiento multidisciplinar a la infancia, que contribuye

a profundizar en diversos campos del saber –Historia Medieval, Historia del Arte, Historia de la Educación, Astrología o Sociología, entre otros– y demuestra el vasto conocimiento que Nicholas Orme posee sobre los niños medievales y las circunstancias que los rodearon. El libro está redactado con una prosa sencilla y se caracteriza por un estilo fluido y una exposición accesible a públicos con distintos grados de formación en la materia; además, la comparación con situaciones contemporáneas y la abundancia de ilustraciones ayudan a que el lector se ponga en contexto más fácilmente y a que pueda entender las causas de la negligencia y la penuria que experimentaban los niños. Es de agradecer también que el autor no se haya conformado con documentos de una sola especialidad y que haya realizado búsquedas complementarias en manuscritos y libretas colegiales de la Edad Media; la multitud de fuentes tiene la ventaja de otorgar mayor credibilidad a sus hipótesis y observaciones, así como de servir para modificar con argumentos sólidos las ideas, a veces preconcebidas, que se habían forjado sobre la educación, los juegos o el trabajo infantil en la Ingla-

terra medieval. Finalmente, tanto las ilustraciones como las notas al final de cada capítulo recogen una bibliografía inestimable que puede servir como punto de partida para la confección de artículos y estu-

dios especializados de mayor envergadura.

M^a VICTORIA DOMÍNGUEZ
RODRÍGUEZ

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

NOTAS

- 1 Shahar, Shulamith 1990. *Childhood in the Middle Ages*. London & New York: Routledge; Hanawalt, Barbara 1993. *Growing up in Medieval London: The Experience of Childhood in History*. New York & Oxford: Oxford University Press; Crawford, Sally 2000. *Childhood in Anglo-Saxon England*. Stroud (Gloucestershire): Sutton.
- 2 Ariès, Philippe 1987 (trad.). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus Ediciones, p. 178.
- 3 Véase, por ejemplo, *English Schools in the Middle Ages* (1973, Methuen); *Education in the West of England, 1066-1548* (1976, University of Exeter Press); *From Childhood to Chivalry: The Education of English Kings and Aristocracy 1060-1530* (1984, Methuen); *Education and Society in Medieval and Renaissance England* (1989, Hambledon Press); *Education in Early Tudor England: Magdalen College Oxford and its Schoold, 1480-1540* (1998, Oxford Magdalen College Press).
- 4 DeMause, Lloyd (ed.) 1974. *The History of Childhood*. New York: Psychohistory Press; Shorter, Edward 1975. *The making of the modern family*. New York: Basic Books; Stone, Lawrence 1979. *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*. London: Harpercollins.
- 5 El autor también ha publicado algunos artículos monográficos sobre este tema. Los dos más recientes son de 2001: "Child's play in Medieval England" (*History Today* 51: 10, 49-55), "Child's play in the Middle Ages" (*BBC History Magazine* 2: 6, 22-6).
- 6 "Children and the Church in Medieval England" (1994, *The Journal of Ecclesiastical History* 45: 563-87).
- 7 "Children and Literature in Medieval England" (1999, *Medium Aevum* 58: 218-46); "The Earliest Children's Literature in England" (1998, en Reynolds, K. (ed.). *Childhood Remembered*: 2-15).
- 8 *The Institute of Historical Research* (IHR): <<http://www.history.ac.uk/reviews/paper/crawfords.html>> (2002) [Consulta: 02.05.06].
- 9 La doctora Sally Crawford está adscrita al Departamento de Historia Antigua y Arqueología de la Universidad de Birmingham (West Midlands, Inglaterra) y es autora de *Childhood in Anglo-Saxon England* (2000).

B. KARÁSIK, *Lenguaje de estatus social*, Moscú, Gnosis, 2003.

El trabajo monográfico de B. Karásik *Lenguaje de estatus social* (Moscú: Gnosis) está dedicado al análisis de problemas más importantes de la Sociolingüística actual. La investigación se realiza en inglés, completando de esta manera una nutrida lista de estudios, cuyos orígenes se remontan a los años sesenta en los Estados Unidos, en el Canadá francés y en Inglaterra.

El libro está compuesto por la introducción, tres capítulos, la conclusión y la bibliografía.

La importancia de comprender del estatus social de una persona se argumenta en la introducción por las razones siguientes: a) la forma de la organización de la sociedad encuentra su reflejo en toda la riqueza de matices de la lengua natural; b) el estatus social es uno de los componentes del significado pragmático; c) el estatus social representa el interés para la Lingüística desde el punto de vista de su significado implícito; c) la comparación de las definiciones del estatus social en la Sociología, en otras ciencias y la propia Lingüística son diferentes, lo que permite ver la marcha del pensamiento científico; c) el estudio del

estatus social es muy importante en las condiciones de la ruptura cultural (páginas 5-6).

En el primer capítulo “El aspecto sociolingüístico del estatus social de una persona” se analizan los enfoques al estudio de esta situación del ser humano en las ciencias humanísticas: en la Sociología (Lunberg, 1968; Phillips, 1969; Champion, 1984), en la Psicología social (Kon, 1967; Deev, 1979), en la Sociolingüística (Brown, Gilman, 1979; Krisin, 1989). El autor menciona siete planos del estatus social de una persona que son muy importantes para su conducta verbal: el socio-económico, sociométrico, de rol, social, valorativo (normativo), etnocultural, dinámico (páginas 10-19) y más adelante los analiza en todos sus detalles, apoyándose en abundantes estudios teóricos y trabajos prácticos. La investigación realizada en el primer capítulo permite a B. Karasik llegar a las siguientes deducciones: el estatus social de una persona es una de las nociones fundamentales de la Sociolingüística. En inglés, dicho estado se analiza en un plano de indicación de estatus, es decir, en la

manifestación involuntaria de relación de estatus de una persona, de un lado, y en plano de la valoración del estatus, es decir, la elección premeditada de la conducta, de otro.

El estudio del estatus social de persona en la Sociolingüística nos brinda la oportunidad de revelar los aspectos importantes de la lengua como un fenómeno de la cultura y descubrir las características de la conducta verbal de la gente.

En “El aspecto pragmático del estatus social de una persona” (segundo capítulo) el autor define sus puntos de vista sobre la Pragmática como “los modos especiales y estilísticamente marcados del uso de expresiones” (en sentido estrecho de esta palabra) y como “un sistema de normas de las relaciones que incluyen las relaciones verbales” (en su sentido más amplio, página 111).

La Pragmática, como la teoría de la comunicación, presupone el estudio de los parámetros de la misma. Las características pragmáticas del habla se encuentran en diversos parámetros de la comunicación (diez en total, página 131). Concluyendo el análisis del capítulo en cuestión, podemos decir que el rasgo del estatus social de una persona se actualiza en las condi-

ciones de la comunicación a una distancia social, como cuando se infringen los postulados comunicativos.

En su tercer capítulo “El aspecto lingüosemántico del estatus social de una persona” el Dr. Karasik plantea y resuelve paso a paso las tres tareas principales: a) definir el estatus social de persona como una categoría semántica, b) determinar los principales modos de la expresión del rasgo del estatus social de persona en la semántica léxica, c) analizar la combinación del rasgo del estatus social de una persona en el significado de una palabra y de la expresión.

El estudio del lenguaje del estatus social representa de por sí el enfoque a la constitución de la Lingüística categorial, una teoría de la lengua dedicada al sistema de las categorías verbales y lingüísticas de diverso orden. La construcción de semejante teoría permite, según el autor, ampliar considerablemente la potencia explicativa de la ciencia lingüística en el sistema de los conocimientos humanos.

DR. N. POTÁPOUCHKINE
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

V.A. BELOÚSA, E.L. GONZÁLEZ, V.V. RAYTAROVSKY, *Diccionario comercial español-ruso y ruso-español*, Moscú, Editorial Russky Yazik, . 2005, 771 págs.

La aparición de cada nuevo compendio de vocablos, aunque se inscriba en una vertiente del saber humano específico, es siempre de interés y atrae la curiosidad de profesionales. Este interés adquiere mayores dimensiones cuando se trata de una obra bilingüe y editada por el prestigioso grupo editorial ruso *Russky Yazik*.

En el prefacio del trabajo, sus autores hablan de “un *moderno* diccionario terminológico comercial”. Por regla general, semejantes estudios no sólo persiguen un objetivo práctico –ser útil a los profesionales de la traducción; sino también, un fin docente, pues están destinadas a estudiantes y profesores.

En trabajos anteriores hemos subrayado más de una vez que la preparación de un glosario bilingüe exige tanto el estudio minucioso de las fuentes lexicográficas de una lengua extranjera (en este caso de la española), como la actualización de las entradas incluidas en él. En esta labor, uno de los procedimientos más eficaces para la actualización de determinadas acepciones y, de esta manera, evitar insuficiencias de carácter “temporal”, es el trabajo

con recursos periodísticos, recordando que sus páginas son, en cierto modo, un “crisol” que depura y da vida a lo necesario e imprescindible para la comunidad lingüística contemporánea y reserva lo obsoleto y en desuso para la historia.

Parece que los autores de esta obra, por razones ajenas a su profesión, no supieron poner filtro a la masiva afluencia de vocablos castellanos y dejaron pasar al español comercial actualizado una serie de “dinosaurios” léxicos. Así, por ejemplo, en la página 218 encontramos palabras referentes a la enseñanza en España: *instrucción primaria*, *instrucción pública*, *instrucción sumaria*. Tras consultar en el “Diccionario de uso del español” (M. Moliner, Ed. Gredos, Madrid, 1991) observamos en la página 420 del tomo 2 una relación de los ministerios españoles actuales, entre los que destaca *Ministerio de Educación y Ciencia*; aunque también incluye la entrada ya obsoleta *Ministerio de Instrucción Pública*. Si miramos la legislación del sistema de enseñanza español tampoco encontramos la palabra *instrucción*: LODE (Ley Orgánica del Derecho a la Educa-

ción), LOGSE (Ley Orgánica del Sistema Educativo), ESO (Enseñanza Secundaria Obligatoria), LOE (Ley Orgánica de Educación). En los artículos de prensa española dedicados a ese tema veremos: a) enseñanza primaria, enseñanza secundaria, enseñanza universitaria, enseñanza general; b) educación primaria, educación media, educación secundaria, educación superior, educación básica. Lo mismo sucede con el *Ministerio de Guerra*, en la página 260, en lugar del actual *Ministerio de Defensa*, aunque M. Moliner también ofrece *Ministerio de Ejército*, en la página 420 del tomo 2. Quizá en algunos países de América Latina se incluye la palabra “guerra”, en denominaciones de instituciones del Ministerio de Defensa, como por ejemplo en Chile: *Academia de Guerra del Ejército* (El País, 12.02.2006, página 9). Hay otros lexemas en desuso incluidos en el “Diccionario comercial”, *hornada* en lugar de *promoción* (página 430), *actuario* como *secretario de Juzgado* (página 650), etc.

Los diccionarios de este tipo necesitan una preparación buena y minuciosa y la revisión correspondiente para evitar errores como *adulteración de moneda* (página 15), cuando lo normal es decir *falsifica-*

ción de moneda, *centro de proceso de datos* (página 65) en lugar de *centro de procesamiento de datos*, *crudo petróleo* (página 110) en lugar de *crudo a secas*; *fallar un premio* (página 176), no con el significado de *conceder*, *otorgar un premio*; *domicilio fiscal* (página 181) como *institución financiera*, *móvil principal* (página 263) en lugar de *motor principal*.

Hace algunos años, la mencionada editorial rusa gozaba del merecido prestigio universal por su alto nivel científico y la impecable preparación redactora. Lamentablemente eso ya pasó. El diccionario en cuestión adolece de numerosas erratas de distinta índole como *campo de aplicacyn* (página 55), *acucar moneda* (página 262), *proteccionista* (página 308), *regulación de emisiones* (página 321), *tratado commercial* (página 365), *formalización del acta* (página 390).

Esperemos que los editores tomen en cuenta nuestras observaciones y publiquen una segunda tirada de esta necesaria fuente léxica tal como lo hacía en el pasado.

DR. N. POTÁPOUCHKINE
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

BRUNO PÉREZ, *Un ensayo sobre la escritura moralesiana de la ciudad de Las Palmas*, Anroart Ediciones, 2005, 67 pp..

La publicación en 1908 del primer libro de Tomás Morales, *Poemas de la gloria, del amor y del mar*, supone la irrupción de la modernidad en la literatura canaria. Modernidad que, como propone este ensayo, cruza toda la obra moralesiana y halla en la invención del espacio urbano y en la introducción del *flâneur* en la lírica insular dos de las aportaciones más significativas de la poética del vate moyense. El estudio, compuesto por seis capítulos, se inicia con una breve introducción titulada “Consideraciones sobre el Modernismo canario” (pp. 11-17), en la que el autor se adscribe a la concepción juanramoniana del movimiento. Desde ella, analiza la crisis finisecular en las Islas, atendiendo a su peculiar circunstancia histórica, determinada, en aquella hora, por el fratricidio cubano y el asentamiento del capitalismo propiciado por el desarrollo del Puerto de La Luz. Ambos acontecimientos desembocan, según Bruno Pérez, en un proceso de “emancipación cultural”, en el que el “recomienzo” de la propia historia se remonta hasta los albores de la literatura canaria. Los moder-

nistas buscan sus raíces poéticas en la tradición instaurada por Cairasco de Figueroa y Antonio Viana y su vocación integradora reinterpreta el presente mediante la inclusión de todas las voces preteritas. La obra de Morales no constituye una excepción, pues, como se aclara en este trabajo, la intención fundacional de su palabra hace regocijarse a su verso en la fusión de lo mítico y lo histórico, la realidad primitiva y la urbana, lo regional(ista) y lo moderno.

Bajo el título “Primera irrupción de los espacios modernos en la poética de Morales” (pp. 17-26), se incluyen algunas consideraciones sobre la relevancia de la localización del sujeto lírico en el conjunto de poemas que conforman las *Vacaciones sentimentales*. Es de destacar el valor otorgado a estas composiciones en un ensayo tan breve, ya que esta sección ha sido tradicionalmente olvidada por una crítica propensa, por lo general, a sucumbir a la grandilocuencia del poeta. La ubicación del sujeto lírico asiste en estos versos a una evolución, puesto que el lugar íntimo y natural, asociado a la niñez en las

Vacación sentimentales, se transforma en los espacios modernos de la edad madura, inmortalizados en los *Poemas del mar*. La actividad del puerto supone una fuente poética inagotable y provoca una expresión más artificiosa que, según el autor, guarda similitudes con el proceso de creación pictórica. En concreto la comparación entre la literatura y las artes se establece en este trabajo en torno a los impresionistas franceses, ya que, al igual que ellos, Morales pretende realizar series que capten la imagen de un lugar en el transcurso de las horas.

El segundo capítulo, “Factores de incertidumbre” (pp. 26-30), se detiene en la voluntad del vate de diseñar el espacio surgido en la eclosión de la pluralidad periférica. Un “nuevo mundo” al que responde una actitud radicalmente moderna y el nacimiento de una escritura fundacional que, en el caso de Morales, se codifica en la restitución del pasado en la novedad. Ésta se realiza, como se analiza en “Representación” (pp. 30-35), mediante la mitificación de la urbe. Sobre ella se asienta la construcción ficcional de la ciudad, tejida en una imagen verosímil y comprometida ideológicamente con la

comunidad ciudadana: en la ciudad se abre el espacio para hombre que, en el periodo finisecular, se lanza al mundo y toma las riendas de su destino. Estos dos factores permiten resaltar una serie de concomitancias con la obra galdosiana, vínculos destacados por Bruno Pérez en los que la crítica no ha indagado suficientemente, si se tiene en cuenta la veneración que sentía el vate grancañario por Pérez Galdós.

El cuarto capítulo, “Morales, arquitecto” (pp. 35-41), abarca las dimensiones de la “construcción” emprendida por el diseñador de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Ésta incluye, en primer lugar, la inauguración de una nueva poética en la literatura canaria y, en segundo, la enunciación de la urbe, que existe gracias a la actividad nominativa del vate. En ese sentido, como advierte el autor, la escritura no sólo implica un inventario de calles y lugares; también supone el ejercicio fundacional de cartógrafo o arquitecto, que presenta la *ciudad comercial* a través de dos perspectivas: una aérea y estática, en la que sólo se mueve la mirada; y otra terrestre y dinámica. En el dominio visual sobre la ciudad se vislumbra la necesidad de habitar de

forma poética y original el lugar, entendido por Morales en su integridad, pues su poema traza, asimismo, un espacio en blanco. No en vano, la obra moralesiana es producto de una concepción arquitectónica de la literatura, ya que, como apunta Bruno Pérez, en el poeta se registra una obsesión por “edificar” y ordenar sus libros.

En el quinto capítulo, “La legitimación de una sociedad: circulación de energías sociales” (pp. 41-47), el autor se apoya en los principios del Nuevo Historicismo y en los trabajos de Sebastián de la Nuez con el fin de tratar los problemas surgidos en las relaciones humanas en el seno de la urbe. Ante la nueva situación, caracterizada por el truncamiento de la alteridad suscitado por el capitalismo, el yo lírico abandona la individualidad y sale al encuentro del colectivo. Un cambio de persona necesario en el diseño del mapa moralizador y comprometido de Morales, porque en su articulación del espacio subyace la voluntad de redimir a la comunidad mediante la naturalización del mundo moderno. La urbe, retoño de la Selva de Doramas, en el ejercicio hermenéutico de Bruno Pérez, otorga la salvación ante la barbarie econó-

mica y la crisis individual y social propiciada en el fin de siglo.

La obra se cierra con “Una nueva figura urbana: el *flâneur*” (pp. 47- 62), título que acoge una definición general de este personaje introducido por Baudelaire en la historia de la literatura y adaptado por Morales a su imagen de la ciudad. El vagar desinteresado del *flâneur* de *Las Rosas de Hércules* se relaciona con el concepto de deseo que, a juicio de Bruno Pérez, late en la concepción erótica y en el proceso creador de un poeta que se congratula, más que en su consumación, en la expectativa ante la promesa del verso venidero.

El estudio sobre la adaptación moralesiana del *flâneur* concluye con la reflexión sobre el servicio que éste realiza a los intereses de la ciudad, desde los presupuestos de Walter Benjamin. La regularización de la urbe implica la muerte de este *animal urbano* aunque, paradójicamente, él haya contribuido de forma significativa en su normativización, al convertirse en “delator” de sus virtudes y defectos. Al subrayarlos, el transúnte de *Las Rosas de Hércules* delimita y juzga los espacios y su paso deja una estela de pensamiento moral, trata- da con profundidad en estas pági-

nas, que intentan hacer justicia a una escritura acusada, en muchas ocasiones, de evanescencia ideológica.

En su deambular, el *flâneur* topa con las oquedades del espacio público, heridas abiertas de la expresión urbana, por las que supuran los instintos, la sordidez, la prostitución y el crimen. Perturbaciones, todas ellas, en las

que se agazapa la *sospecha* y flaquea la institución, quebrada en la voz de Morales en su construcción fundacional, auténtica y comprometida de Las Palmas de Gran Canaria.

BELÉN GONZÁLEZ MORALES

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

GERMÁN GULLÓN, *La modernidad silenciada. La cultura española en torno a 1900*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, 170 pp.

Si quedaba un resquicio de inquietud tras la publicación de *Los mercaderes en el templo de la literatura* (Madrid, 2004), Germán Gullón ha despejado todos los interrogantes en su nueva obra: la denuncia de los silencios y los silenciamientos culturales ocupa en la actualidad el núcleo de sus reflexiones. Su actitud, rigurosa y militante, se centra en el libro aquí reseñado en el empobrecimiento de la literatura finisecular, potenciado durante más de un siglo por la “rutina crítica y el partidismo político”. Al análisis de estos factores se entrega el autor a lo largo de los cinco capítulos que componen una obra cuyo máximo valor radica en el juicio a la crítica –sobre todo española– de ayer y hoy. Enjuiciamiento, huelga decirlo, al que se han sumado, con ahínco, muchos autores canarios, generalmente desoídos; que no ha cesado en las orillas atlánticas y que hoy se mira y reconoce en el clamor de las periferias.

En la introducción, que lleva por título “La literatura española hacia 1900” (pp. 11-29), se sientan los puntos de partida del estudio. Se toma como referencia el perio-

do 1800-2000, denominado por Gullón *Edad de la literatura*, para abordar los vínculos que unen la nefasta comprensión de la modernidad con la problemática antropológica del siglo XXI y la crisis que atenaza a la institución literaria en nuestros días. Situación ésta cuyo origen ha de buscarse en una mala digestión del alcance de la crisis finisecular, empeorada, como advierte el autor, con el paso de los años. Ésa que todavía embute la voz humana en todo tipo de *ismos*, como modernismo, noventayochismo, regeneracionismo; que se refugia en las historias de la literatura para afianzar los valores nacionales; que alimenta a las academias y colma las páginas de suplementos culturales de lugares comunes; aquélla que, en definitiva, niega un arte vivo, sustentador del intelecto y el imaginario antropológico. Frente a ella se sitúa el autor de la obra, ya que, a su juicio, el fin de siglo posee un enorme potencial para, con las herramientas adecuadas, contribuir al esclarecimiento de la sociedad española de entonces y de hoy. En ese sentido, este trabajo –y de ahí quizá el

momento de la publicación, el periodo elegido y la perseverancia en su estudio— se caracteriza por una vocación humanista, materializada en una voluntad muy concreta: establecer un “marco posible de regeneración de la literatura”. Con este fin, la obra se propone —y logra— definir un contexto amplio que destruya el imperialismo historicista e incluya los Estudios Culturales, esenciales en el desmascaramiento del colonialismo español y del irracionalismo y la sensualidad, que a finales del ochocientos se hicieron lenguaje(s) y abrieron la percepción de los seres humanos a ambos lados del Atlántico.

El decadentismo se pone al servicio del análisis del movimiento modernista en el primer capítulo, “La orilla oscura del fin de siglo: el decadentismo en España” (pp. 31-56). Su elección no resulta casual, en la medida en que el pensamiento y la actitud vital que en él se agazapan han sido acalladas durante mucho tiempo por una univocidad ideológica temerosa de hábitos e identidades censurados hasta entonces. La sexualidad, el irracionalismo, la exploración de la percepción y las variadas formas de conocimiento taladraron el mo-

nolito del pensamiento ilustrado y favorecieron la eclosión de los discursos, el desequilibrio, las oquedades y la marginalidad. Así se deriva de los ejemplos aportados en el estudio, cuyo tono resulta enormemente gratificante para el lector de crítica literaria, ya que su eclecticismo lo convierte en una excepción a la tónica monocorde reinante. La comparación entre la literatura y las artes, el énfasis en la diacronía, la incorporación de las nuevas corrientes críticas, los cortes transversales en la historia del pensamiento y los apuntes sobre literatura universal y comparada asientan la resolución de revisar la crítica española en torno a algunos marbetes clásicos asociados al fin de siglo, como el malditismo, el satanismo, la bohemia, el exotismo, el erotismo o la degeneración. Un recorrido por la época que permite asegurar que el Modernismo a la altura del decadentismo ya contaba con todo su potencial renovador. Un deseo de resurgimiento que radica, a juicio del autor, en la variedad instaurada en la percepción humana extendida, en aquella hora al lenguaje y las formas literarias. La nueva realidad, que abandonaba la seguridad y lanzaba al individuo a infinitas

posibilidades, potenció el afán de control de las instituciones incapaces de soportar el ocaso del logocentrismo y el nacimiento de la libertad. Bajo el título “El otro 98, las percepciones modernas relegadas por la cultura española: la modernista y la mundana”, se desarrolla el segundo capítulo (pp. 57-75). En él se insiste en la singularidad del texto modernista, que exige unas herramientas hermenéuticas adaptadas a su carácter asimétrico y alejadas de la dicotomía regeneracionismo-esteticismo. Por otro lado, se destaca la expansión del ámbito cultural, producida por el aumento de los índices de alfabetización, que conformó una masa lectora deseosa de nuevas publicaciones. El aumento de los títulos contribuyó a una democratización del discurso público: existía, por tanto, una mayor pluralidad, aunque, como contrapartida, descendía significativamente la comunicación interpersonal. Su ausencia hizo surgir una escritura que intentaba captar sensibilidades afines y conquistar la interioridad. Esto, unido al salto de la filosofía a la “tecnosofía”, que se produce en la época, repercute en la obra modernista, no siempre entendida desde la división entre *apocalípticos e*

integrados. Como recuerda Gullón, Rubén Darío apuntó que ésta podía abrir al ser humano a la imaginación y la ciencia explica, en su opinión, buena parte de la obsesión por los sentidos propia de la literatura finisecular. En ellos se fundía el amor corporal de los naturalistas, el espiritualismo de los ideales románticos y la nueva maquinaria capitalista, cuyo eco se prolongaría, en las vanguardias. Tesitura ésta en la que la palabra se hace carne, se incorpora al texto y al lector. A juicio de Gullón, la sensualidad conseguía que la persona sintiese, que aprendiera a sentir, afirmación cuyas consecuencias pragmáticas le permite establecer una hipótesis interesante sobre la situación comunicativa, distinta de aquella propia del Realismo: la “estética de la recepción modernista”, sostiene el autor, carece de “urgencia lectorial”.

El capítulo cuarto es uno de los más comprometidos de la obra, algo que se advierte desde su título, “El noventayocho silencia al Modernismo”. En él se analizan las afirmaciones de algunos estudiosos de la literatura finisecular y se abordan los mecanismos de control que la crítica ha utilizado a lo largo del siglo XX para afirmar-

se en una interpretación interesada del periodo, asociada normalmente al nacionalismo defendido por las dictaduras. De esta manera, se profundiza en todos los tópicos establecidos en torno a la polarización, noventayocho-modernismo: patriotismo y europeísmo, razón y subjetivismo, masculino y femenino, profundidad y superficie, etc. Asimismo, se dedica una serie de páginas a la labor de la crítica propiamente dicha, especialmente a la periodización establecida en las historias de la literatura, más atentas a fechas que a estadios y momentos culturales. El *ismo* es vilipendiado por constituir un instrumento de control social, negador del ejercicio de la diferencia y sus consecuentes lenguajes. Y con él, aquellos que lo defienden: “Las historias literarias, las Academias o las cátedras universitarias, sirven para clasificar, para valorar los libros, siguiendo los valores establecidos por los mismos historiadores, por ende la novedad encaja mal” (p. 86). Precisamente la abolición de todo canon, que subyace en la pluralidad, constituye, a juicio de Gullón, una aportación fundamental del Modernismo a la cultura. Este movimiento, desde sus inicios ajeno a la estrechez de todo signo,

perfiló la modernidad como un “espacio intelectual”. No lugar ni ubicación, sino espacio; por naturaleza, sinuoso, hueco, indescifrable y dinámico; y, sobre todo, inasible e indomable para las instituciones, para un poder que todavía no ha podido acallararlo ni silenciarlo. En la palabra sigilosa que resiste al tiempo ha de ubicarse el homenaje incluido en esta sección a Juan Ramón Jiménez, quien, como sostienen estas páginas, “coloreó” el panorama literario y crítico con una voz de algodón.

Según confiesa su propio autor, la elaboración del cuarto capítulo le presentó no pocas dificultades. Titulado “Olvidos del 98: nuestro pasado colonial (los imperios español y norteamericano)” (pp. 93-121), constituye una invitación a reflexionar sobre el colonialismo español desde las premisas poscolonialistas. En primer término, se insiste en la necesidad de elaborar una nueva historia sobre el 98, adaptada a las corrientes posmodernas, que mucho alterarían los presupuestos de partida asumidos y subrayados hasta la saciedad. Posteriormente, se trata la negación del papel colonialista de España en Cuba y de las implicaciones económicas de la interven-

ción militar. A ellas hay que añadir las culturales, ya que el sintagma “Desastre del 98”, continúa siendo, según el autor, una dolorosa muestra de la oportunidad que se le presentó a la “Madre Patria” para crear una verdadera comunidad hispánica, más allá del vínculo lingüístico; ocasión perdida que encierra, en palabras de Gullón, una tarea pendiente. En relación con el pensamiento colonialista, se ubica la hiperbólica valoración de la crítica ante el componente estético y el desdén por el social, labor que demuestra la manipulación sufrida por los escritores finiseculares, puestos al servicio de una imagen concreta de la historia. En la visión instaurada se excluyen, como indica la obra, otras generaciones implicadas en la contienda bélica: la de miles de cubanos, norteamericanos y españoles que pensaban redimirse con su participación en una empresa liberadora y mesiánica, cuyas repercusiones alcanzan –ahí Guantánamo, clama Gullón– el siglo XXI. Por último, un análisis histórico pormenorizado se detiene en la visión que se tenía de Cuba en Norteamérica y en España. Tras señalar las diferencias y peculiaridades, se encauza el análisis hacia su punto de

confluencia: ambos países ignoraron a la víctima, Cuba. Y, con ello, se impidió un entendimiento sobre la circunstancia, presente en todos los órdenes y, especialmente, en la literatura decimonónica de los imperios que eran, en aquel momento, Norteamérica y España.

La obra se cierra con el capítulo “Lectura alternativa de la novela española hacia 1900: el cenit de la Edad de la Literatura”, en el que el autor retoma algunas de las ideas fundamentales de *El jardín interior de la burguesía española: la novela moderna en España* (Madrid, 2003). Desde una lectura apegada al texto, ajena a los parámetros convencionales de la crítica, procura valorar la narrativa española finisecular. Con ese fin, y apoyándose en su división de la literatura en edades, emprende la descripción de lo que identifica como “literalismo”, fenómeno por el que la literatura se vuelca sobre sí y olvida la vida, su fuente. La raíz de este giro se halla, según el autor, en el cambio producido en el seno de la lectura, que se torna una actividad burguesa. Ante esta transformación, las producciones agradan a su nuevo público con una narrativa muy concreta, alejada de la calle y cercana al interior. Fiel a sus intenciones

de ampliar el espectro de la crítica, Germán Gullón se mueve en este capítulo en un vasto eje temporal que abarca desde Unamuno a Juan Goytisolo, Cela o Martín Santos; y cultural, ya que algunos epígrafes se dedican a Chateaubriand y Wilde. Sus reflexiones en torno al *jardín de la burguesía* lo llevan a afirmarse en la inutilidad del canon establecido, que cae ante la lectura de las obras de 1900, cuya riqueza no puede someterse a la rigidez de la fecha y el esquema. Por último, este trabajo incluye un apartado de notas y una bibliografía, que descubren investigaciones recientes sobre la época finisecular de sumo interés (pp. 149-168).

El calificativo “alternativa” que el autor aplica a su último capítulo bien pudiera servir para calificar toda la obra aquí reseñada que, deliberadamente, toma un camino pocas veces transitado por la crítica al uso. Además de analizar criterios, destruir tópicos y arrojar luz sobre uno de los periodos más controvertidos de la historia cultural española, Germán Gullón muestra en este libro un compromiso prácticamente invisible en el panorama de la literatura y, en

general, de las Humanidades. Su militancia en la palabra y la investigación no se detiene ni calla, como suele hacerse, ante los académicos, el poder editorial o la institución política. Y, lejos de agotarse, su voz, continúa clamando en los desiertos, como demuestra el anuncio en su página de Internet de la publicación que sigue a ésta, cuyo título, *Venus mutilada. La crítica literaria en la España actual* (Barcelona, 2006), incomodará desde la cubierta a muchos. Inquietud debida, entre otras cosas, al modo de obrar radicalmente moderno de Germán Gullón, quien, precisamente, ha trabajado y escrito el libro reseñado desde la lucidez que irradió la *Edad de la literatura*. Su perseverancia en una labor abierta y plural y en una lectura que busca deshacerse de prejuicios constituye el mejor homenaje posible a una época que enseñó al ser humano que la crítica literaria no radica en el hallazgos de verdades, sino en la voluntad y el deseo de salir a buscarlas.

BELÉN GONZÁLEZ MORALES

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

CARMEN GARCÍA, *La insistencia*, Santiago, Ediciones de la Elipse, 2004.

EL TAMAÑO DE *LA INSISTENCIA* DE CARMEN GARCÍA¹.

Quiero acotar primero el radio, el diámetro y la cantidad en lo que a superficie escrita se refiere, de *La insistencia*, primer libro de poemas de Carmen García. Puestos al sol, al sol blanquecino de la pantalla del computador –nuestra actual y más común medida anatómica de las letras– éstos parecen caber en la reducida superficie de seis páginas, seis páginas tamaño carta, seis precisos pantallazos, para ser consecuente.

Los signos que Carmen García arroja sobre la apabullante cantidad de folios acumulados por la nueva poesía chilena, caben en la palma de la mano; apenas sujetan la cuadratura de un libro al que le otorga lomo, más que el recorrido de sus letras puestas en fila, el espacio que estos poemas dejan entre sí. Por supuesto, esto despista a cualquiera, dadas las tendencias y los valores que en las diferentes escrituras se transan estos días: “libro por año”, “cien páginas es poco”, las diversas y posiblemente vanas aspiraciones a la conformación de una “obra”; por el

contrario, parafraseo lo que astutamente ha afirmado Héctor Hernández Montecinos: la escritura proliferante no puede ser absorbida del todo, no se puede contar con los dedos de la economía del Mercado. Germán Carrasco habla en un poema de los “estériles ponys del sesenta”. Basta, creo yo, con leer entre líneas.

No quiero desmerecer ninguna de estas posiciones ante la economía de las palabras –economía siempre hay, contenida u opulenta, pero tampoco deseo no prestar atención a las diferencias. Sólo intento comprender un procedimiento en esta poética de Carmen García, y así tratar de situarla entre las conductas de sus pares. Creo que el ojo crítico no debería sólo considerar el estilo imperante o las tendencias en pugna, sino la amplitud de voces, el juego siempre hipertélico de todas las cartas echadas en la mesa. Es ahí, y no en el estéril lugar de lo representativo, donde creo que este libro tiene cabida.

Es necesario comenzar, al menos, con la mención de un par de poemarios memorables, los

cuales se dejan ver desde *La insistencia*: tanto *Árbol de Diana*², de Alejandra Pizarnik, y *Hebras de sol*³, de Paul Celan –poeta citado en el portal del libro– constituyen “poéticas del silencio” que de alguna manera pueden mencionarse como antecedentes dignos de la escritura que aquí se funda, pero que no la determinan preceptivamente del todo como búsqueda estética.

No resulta tampoco impropio abordar la significación de este comportamiento con respecto al oficio poético en el contexto concreto de la promoción que Carmen García, de manera indudable, integra: los “novísimos” de la poesía chilena, que empiezan a publicar sus obras a partir del año 2000. Los poetas, dicho sea de paso, no sólo tienen antecesores sino también vecinos más viejos, más jóvenes, junto a los cuales, contra los cuales o con los cuales, en una misma escena literaria, cada autor lee, escribe, dialoga: se inculpa o se salva.

Basta realizar un arqueo desde la poética de la proliferación de los tres poemarios de Héctor Hernández Montecinos⁴ y el multifocal *El baile de los niños*⁵ de Diego Ramírez, pasando por la convulsa y acotada construcción de *Completa*⁶ como

en el negativo altazoriano de “La niña Lucía”⁷ de Paula Ilabaca, hasta llegar a las escuetas y vibrantes sustantivaciones surrealistas de *La noche migratoria* de Rodrigo Olavarría, la médula de *Voca* de Simón Villalobos, y las ceremonias a la vez autárquicas y contestatarias de Marcela Saldaño, los tres inéditos.

Es preciso andar para atrás para situar este libro más cerca de la discreción insondable de Andrés Anwandter que de los magníficos y sentenciosos devaneos de Alejandra del Río, o de los interminables monólogos, por momentos epifánicos, de Germán Carrasco. Discreta en el uso de la palabra, como el primero, Carmen García, sin embargo, suele adoptar intensidades de similar vibración que la de los segundos. La poeta ejerce sobre el texto una imantación centrípeta en vez de centrífuga, y su vocación rítmica ósea, medular, incluso en sus anfibios ejercicios en prosa, sostiene la cerrazón gozosa y dolorosa de sus textos.

Del mismo modo, puedo decir que a veces veo a esta sujeto desaparecer más clausurada a la manera del entierro o sumergimiento de la propia voz, como ocurre en *La vocal de la tierra*⁸ de Soledad Fariña,

que deslizándose por la fuga semántica de *Sayal de pieles*⁹ de Carmen Berenguer. Aún más atrás, detecto tras estos materiales más del Vicente Huidobro de *El espejo de agua*¹⁰ que de la *Escritura de Raimundo Contreras*¹¹ de Pablo de Rokha, pero no puedo identificar construcciones geométricas en sus espacios cerrados. Del mismo modo, huelo menos el *Humo*¹² de Marosa di Giorgio, y oteo un algo más de la vida como vaca arcaica acosada por los tábanos de la enfermedad y la muerte, como en el conocido poema de Blanca Varela¹³.

Pero estas divisiones, como he adelantado, sólo se sostienen por momentos, porque en los poemas de Carmen García sobreviven restos varios: escombros y órganos de territorios y discursos múltiples, que creo divisar al fondo y al través, y que revelan astucia, asimilación, lucidez frente a la multiplicidad axial o pivotante de lo escrito. Sin embargo, una poética no puede sostenerse sólo en la astucia o, al menos, en mi opinión, no debería (Kavafis mediante).

Estos poemas de Carmen García no lo hacen. Tampoco su juego no se desliza por la ostentación de las partituras sino que

expone un trasfondo imponente, tan indefinido, e ineludible a la vez, como suelen declarar las excepcionales y escasas visitas al lugar de lo arcaico. Una visita sin pasajes, sin viáticos, un viaje sin regreso, “una temporada en el infierno”, que la escritura otorga pero que no puede contener de manera cabal. La poética de Carmen García es irracionalista: intenta otorgar una forma precisa a aquello que por ontológicamente insostenible la poeta chilena Alexandra Domínguez llama “un asunto allí en lo invisible”¹⁴.

Puesta en el juicio de estos plazos, *La insistencia* de Carmen García no quiere perder la conciencia en lo multiforme de las mercancías expuestas en las pantallas del Mercado, que las poéticas que representan el eje central de su promoción intentan desfondar saturando con imágenes la proliferante superficie. Carmen García se sitúa en un ejercicio de estrangulamiento por medio de la forma poética, modulación estética del dictamen de un origen prearquetípico, un trasfondo inconsciente y un sustrato colectivo que hace gotear la máscara de esta escritura hacia dentro. Lejos está de convertirse en un purgante político, un anticuerpo corrosivo contra el

impuesto pastiche de la cultura, aquellas “obras de arte” con las que el capitalismo avanzado pretende, –creo yo, según lo determinado por Jameson– licuar cualquier tentativa de *poiesis* demoníaca, de raigambre romántica o vanguardista. Los poemas de Carmen García se parecen menos a la escritura de las pantallas y más a una noche negra, una noche delatora de la carne colectiva del sacrificio: *sube a nacer*, dice la voz; *no volverás*, contesta la materia hiperbólica.

Esta escritura abre los ojos detrás de un fundamento vaciado, del origen abierto al ras en el poema, que sólo existe –allá, lejos su naturaleza perdida– en la escritura que engendra y descubre ese sitio desde el cual todo parece salir y al cual todo parece devolverse, ese fondo marino o lacustre donde muerte y mal toman la mano del gesto, digieren y desglosan la gestación de una forma que sólo dice muerte, un engendro de letras e imágenes que la confirman y reiteran, exhibiéndola.

La manufactura de imágenes del discurso adopta aquí la matriz común, en un sentido anterior al tiempo y la palabra, de la clásica comparación de la vida con una fuente de agua. Pero esta forma

comunica y extiende no los poderes de ésta, sino las fabulaciones de la muerte. Así, en estos poemas, la sujeto elabora una poética del miedo. La fertilidad del agua, que asocia tradicionalmente a las figuras maternas con el origen, es transformada aquí en una continuidad fúnebre, incluso cadavérica: una imaginaria bizarra que da cuenta de un constante estado de putrefacción: “La sonrisa de mi madre temblando en las esquinas/ tosiendo el líquido amarillo/ (...) ella derramaba la leche porque estaba amarilla/ bebía agua salada y se iba secando de a poco” (“El llanto sometido de los espejos”, pp. 17-19) .

Los líquidos –agua dulce y salada, lluvia, espuma, nieve, sangre, orina, saliva, leche, fluidos del parto– escurren en la insistencia de su anverso corrompido, declarando el origen mítico como el principio de los flujos y reflujos mortuorios de lo vivo. El agua también es el espejo de los sueños que representa y reproduce lo real, como el poema lo hace, de tal modo que transforma su azogue materno en una pesadilla compuesta por la enfermedad, la imposibilidad y la ceguera. La creación resulta entonces un ejercicio baldío: “yo te pre-

gunto por el nombre de las cosas en su vacío/ te pregunto por las razones que tienen los pájaros para volar lejos de los hombres” (“La voz del silencio”, p. 23).

La insistencia presenta también el miedo a los “cuerpos terribles de los hombres”: las figuras masculinas y paternas encarnan en la amenaza de la bestia; la estirpe del tigre de Blake se pasea acechante por el ojo de esta escritura. La bestia, “el ojo del padre”, constituye la mirada última tras la cual la hablante otea el precipicio de las criaturas que mueren: pájaros, perros, niñas, hermanas, abuelas, madres, sostienen con sus cuerpos la fantasía del mandato del deseo masculino, del cual la hablante intenta desembarazarse, dar a luz, pero del que por momentos se encuentra transida: “Soy el ojo del padre, tengo la mirada sujeta a la luz que define las cosas, a la ira de un dios que duerme a mi lado (...) el nombre del músculo que sangra por la mirada” (“El ojo del padre”, p. 27).

A partir de su integración a la fantasía de lo masculino persecutor y dominante, la sujeto se identifica con este desfile de figuras que deambulan en o hacia la muerte: los abandonados, los condena-

dos, y puede invertir la mirada de la cacería sobre sí misma, identificando la presa con su propio corazón, relacionando lo propio con el monto de la herida y observar al mismo tiempo el mundo marcado con las cruces del sacrificio: “(...) Es el músculo que sangra entre mis manos lo que tengo. La fiebre de los que rugen. Lo que tengo: un animal que pasea por los inviernos, bosques de la noche, con el corazón en forma de cruz” (Sin título, p.35).

Con “el lenguaje de los ciegos”, la contemplación traduce un desfile de fantasmas y cuerpos descompuestos: “Hay cosas inexploradas en el fondo del mar. Cuerpos que pasean en sacos por las profundidades” (Sin título, p.47). Los desaparecidos, las víctimas de nuestra violenta historia política, desfilan con los ojos vendados por el fondo marino de la conciencia, demandantes formas recientes de la vida que se eterniza como destrucción a partir de un centro, un origen que alumbra como un sol nocturno y destazado.

A ese lugar, el cual representa a la vez la única certeza como la propia catástrofe en la conciencia de esta escritura, es al que Carmen García nos devuelve mediante sus

ejercicios materiales sobre la memoria. En la escena final, por medio de la familia que asiste al sepelio de un pájaro –madre, padre e hija– nos aproximamos al entierro para despedirnos del animal que nuestras tribus llamaron tótem, su ley y su palabra: “Hay una espada que atraviesa los días/ entonces los pájaros revientan y

desaparecen/ y el temor es uno y mismo para todos:/ la palabra acabada/ el ojo vencido./ Somos tres los invitados a este funeral.” (“La lengua del animal es la palabra”, p.53).

JAVIER BELLO

Universidad de Chile y de la Finis Terrae

NOTAS

- 1 Este texto corresponde a un desarrollo de la presentación que en agosto de 2004 realicé en el Museo de Arte Contemporáneo del libro de Carmen García.
- 2 Pizarnik, Alejandra. *Árbol de Diana*. Prólogo de Octavio Paz. Buenos Aires: Sur, 1962.
- 3 Paul Celan. *Hebras de sol*. Traducción de Jaime Siles y E. María Fernández Palacios. Edición bilingüe, Madrid: Visor, 1990.
- 4 Me refiero a los libros de Héctor Hernández Montesinos: *No!* Santiago: Ediciones del Temple, 2001; *Este libro se llama como el que yo una vez escribí*. Santiago: Contrabando del Bando en Contra, 2002; y *El barro lírico de los mundos interiores más oscuros que la luz*. Santiago: Contrabando del Bando en Contra, 2003.
- 5 Diego Ramírez Fajardo. *El baile de los niños*. Santiago: Ediciones del Temple, 2005.
- 6 Paula Ilabaca. *Completa*. Santiago: Contrabando del Bando en Contra, 2003.
- 7 Paula Ilabaca. “La niña Lucía”. en: revista *Plagio* 7. Santiago, agosto 2003, s.n.
- 8 Soledad Fariña. *La vocal de la tierra*. Prólogo de Diana Bellessi. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1999.
- 9 Carmen Berenguer. *Sayal de pieles*. Santiago: Francisco Zegers Editor, 1993.
- 10 Vicente Huidobro, *El espejo de agua* (1916); en: Vicente Huidobro. *Obra poética*. Edición crítica, Cedomil Goic, coordinador; 1ª edición Madrid; Barcelona; La Habana; Lisboa; París; México; Buenos Aires; Sao Paulo; Lima; Guatemala; San José; Caracas: ALLCA XX, 2003, pp. 377 a 406.
- 11 Pablo de Rokha, *Escritura de Raimundo Contreras* (1929). Santiago: Cuarto Propio, 1999.
- 12 Marosa Di Giorgio, *Humo*, en: *Los papeles salvajes*. Prólogo de Silvio Mattoni. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2000, 2 vols., vol. I, pp. 31-58.

-
- 13 Me refiero al poema “Ternera acosada por tábanos”, en: Varela, Blanca. *Donde todo termina abre las alas. Poesía reunida. (1949-2000)*. Prólogo de Adolfo Castañón y epílogo de Antonio Gamoneda. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2001, pp. 175-176.
- 14 El poema de Alexandra Domínguez se titula “El poeta es un asunto allí en lo invisible”, en: *La conquista del aire*. Huelva: Diputación provincial de Huelva, Colección Juan Ramón Jiménez, 2000, p. 9.

MARIANO BENAVENTE Y BARREDA, *Elementos clásicos y folclóricos en la tradición literaria europea*, Jaen, 2005, 196 pp.

El libro que reseñamos consta de diez capítulos precedidos de unas notas preliminares del autor donde se da cuenta del porqué del volumen y de los trabajos que lo integran, de los defectos y virtudes del mismo, y de los conceptos básicos que configuran su programación. El libro se cierra con un utilísimo índice de temas (tópicos estudiados) y un preceptivo índice general. Quien conozca la producción del profesor Benavente y Barreda apreciará, sin duda, el esfuerzo de una dedicación que no conoce horarios ni límites, la competencia de un profesional que conjuga a la perfección su conocimiento profundo del tema con los avances de una bibliografía que no deja de producirse, el dominio manifiesto del comentario filológico en su más alta expresión, condiciones que se desgranar en la agradable prosa de su discurso. El capítulo uno, titulado “Influencias de la mitología clásica y del mundo grecolatino en los ‘Castigos’ del rey Sancho IV,” nos sumerge en las primeras producciones literarias castellanas hasta el siglo XIII, donde observamos, por un lado, la presencia de los mitos clásicos considera-

dos como seres históricos y reales (asombrosa es la afirmación de que Hércules conquistó y pobló toda España, siguiendo su fuente primera, la *Crónica General* de Alfonso X el Sabio, así como su muerte por envenenamiento de malas y ponzoñosas hierbas), y el influjo del mundo grecolatino, por otro, con las figuras de Alejandro, Aristóteles, Catón, Constantino, Julio César, Nerón, Octaviano y Vespasiano. Asimismo, notables son tres tópicos folclóricos también documentados en la literatura clásica, a saber, el gran golpe dado con el filo de la espada (Aquileo acaba con la vida del príamida Licaón; Diomedes con Dolón y el arúspice Leodes a manos de Odisea), la antropofagia o canibalismo voluntaria o involuntaria, ocasional y accidental, o regular y acostumbrada (efectos del hambre atroz que desgarrar una ciudad asediada y que nos recuerda a Tucídides 2.70.1), y el macho cabrío o buco como encarnación del demonio (coitos monstruosos entre la bestia y mujeres la hallamos en Píndaro y Heródoto 2.46.3). El capítulo dos, “Influencias de los mitos clásicos en *La Celestina*,” evi-

dencia un grave desconocimiento del griego de nuestros humanistas y eruditos, por lo que las fuentes de la mitología grecolatina son obras de escritores romanos, traducidas o no en su lengua original y libros de autores renacentistas. En *La Celestina* las alusiones a personajes míticos se presentan como un alarde de erudición y en ocasiones con una intención didáctica o moralizante. Algunos temas que el profesor Benavente Barreda trata con detenimiento son El Amor personificado, el dios o diosa del Amor, la Fortuna, la Muerte personificada y asimismo deificada, el unicornio y las cigüeñas y su piedad filial. El capítulo tres, “Influencias de la mitología clásica en los poemas imaginativos y religiosos del siglo XVI,” se centra en los poemas *Las lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto, *El Bernardo o victoria de Roncesvalles* de Bernardo de Balbueña, *La Cristiada* de Fray Diego de Hojeda y *El Monserrate* de Cristóbal de Virués, donde la mitología clásica había influido en las obras de Ariosto, Tasso, Boyardo, Milton y Camoens, posibles fuentes de los poetas hispanos que aquí se tratan. En esta larga cadena ininterrumpida de elementos formales y temáticos, los mitos se funden con las cre-

aciones barrocas, no exentas de bellezas formales y de fondo. ¿Qué importa que junto al mago Merlín o a la bella Angélica coexistan el dios Marte, Apolo y las musas? Esta amalgama presta cierto encanto a dichos poemas, en los que los personajes de nuestros mitos parecen rejuvenecerse con estas nuevas peripecias del relato entreverado de tan diversos ingredientes. El capítulo cuatro, “Algunos importantes tópicos folclóricos” en *El Quijote y en Las novelas ejemplares*, recoge y analiza los siguientes tópicos folclóricos por separado en ambas obras, a saber, el vuelo portentoso por obra de un demonio o demonios, el Amor personificado, el caballo artificial volador, el amante que perece por mal de amores, por un amor no correspondido, la cabellera excepcional, la Muerte fingida, el travestismo femenino, mujer en traza de varón, por lo que respecta a *El Quijote*, y los temas de la hechicera que convierte a personas en animales, el aquelarre o lugar de reunión de las brujas con Satán, los animales parlantes, el niño expósito o abandonado, el viejo enamorado, por lo que respecta a *Las novelas ejemplares*. El capítulo cinco, “Temas folclóricos en la obra dramática de William Shakespeare,” estudia en el

escritor de Avon una serie de lugares comunes frecuentes en las literaturas folclóricas, quizá porque varios de estos tópicos están documentados en realidades ajenas a la ficción: el banquete de carne humana, el animal nodriza, amo y criado intercambian sus ropas y cometidos, la esposa que en el lecho se hace pasar por la amante del marido, la carta de Urías cambiada, la mujer en traza de varón, el trueque de cabezas y la misión muy difícil, de casi imposible cumplimiento. El capítulo seis, “Influencia de la mitología clásica en la obra de Manuel José Quintana,” poeta neoclásico y pomposo del que se analizan los teónimos, antropónimos, topónimos, orónimos, hidrónimos, menciones o citas indirectas mediante el uso de perífrasis, personificaciones de probable o posible origen clásico, algunos errores en los que incurrió Quintana, tópicos literarios de segura o probable procedencia clásica (hasta veinticinco), prueba que aunque el autor no haya bebido en la fuentes griega de modo directo, es obvio que poseía una aceptable erudición mitológica y literaria y bastante conocimiento del mundo clásico. El capítulo siete, “Influencias de la mitología clásica en la obra de José María de Pereda,”

refiere una serie de elementos destacables, a saber, nombres pertenecientes a los mitos griegos (Adonis, Alcides, Apolo, Aquiles, Argos, Euménide, Héctor, Leandro, Némesis, Olimpo, Penélope, Pílates, Polifemo, Sísifo, Talía, Tántalo y Troya), nominaciones de los mitos latinos (Diana, Febo, Furias, Marte, Ulises y Venus), denominaciones populares, expresiones del lenguaje coloquial y meras alusiones, otras referencias al mundo clásico, y temas propios de las literaturas folclóricas que están asimismo documentados en la literatura griega (el barco de piedra, el disparate concatenado y condicionado, las grullas que rehuyen el temporal, el país de la felicidad, las palomas que huyen del milano, el gigante con un solo ojo y persona en la Luna). La antorcha clásica, al pasar de otras manos a las de José María de Pereda, trazó un fecundo surco, luminoso y bello, que sirve para honra del novelista montañés y de toda su obra. El capítulo ocho, “Tópicos folclóricos en La hija de Iorio de G. D’Annunzio,” revisa una serie de tópicos en este drama de ambiente rural y trama patética: el mal presagio, el parto monstruoso, las propiedades del eléboro, la Muerte personificada, el enfrentamiento entre

padre e hijo, el castigo del parricida, el sacrificio de sí mismo por amor y la condena a morir en la hoguera. El capítulo nueve, “Temas de raigambre folclórica en el verso de Federico García Lorca,” examina en los versos del de Fuente Vaqueros los diez elementos de raíz folclórica más importantes por su belleza y frecuencia: el aquelarre o reunión de brujas, contar las arenas del mar, el jinete muerto, la Luna personificada, la Muerte personificada, la mujer que sufre la mutilación de los senos, oír crecer la hierba, la sombra separada del cuerpo, la subida o intento de subida al cielo, y el Viento personificado o los Vientos personificados. El capítulo diez, “Influencia de la tradición clásica en la obra de Juan Ramón Jiménez,” recoge la impronta de la cultura grecolatina en la bella y amplia obra del poeta de Moguer, distinguiendo el profesor Benavente Barreda las numerosas menciones de personajes mitológicos, diversas referencias al mundo heleno y latino y una serie de temas literarios de la tradición clásica grecolatina pero que también aparecen en otras literaturas, populares o cultas, por desarrollo independiente, a saber, el Amor personificado, el tópico del

animal o animales imaginados en la otra vida, más allá de la muerte terrenal; la barca de los muertos; el deseo de volar, la mirada nostálgica de las aves que pasan altas sobre nuestras cabezas; la excitación sexual de asnos y caballos; las hojas secas como símbolo de la caducidad humana; la morada de los muertos; la Primavera personificada; símbolos agrícolas y domésticos de la paz; y el Sol personificado. Analiza asimismo la anáfora adjetival y las frases paradójicas.

La agradable y amena lectura de este libro, cargado de erudición e ironía crítica, nos descubre un universo a simple vista insondable, donde la referencia mítica viene engarzada con el elemento folclórico que lo alumbra y explica en no pocas ocasiones. La maestría y el didactismo del profesor Benavente Barreda queda una vez más de relieve en este volumen sobre la tradición literaria europea que amplía sus fronteras con las explicaciones y conexiones de dichos elementos en las más diversas culturas y pueblos del planeta Tierra.

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

BERNARDO SOUVIRÓN, *Hijos de Homero, Un viaje personal por el alba de Occidente*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, 415 pp.

Como señala Antonio Alvar Ezquerro, el prologuista de la obra, la sola mención de Grecia y los griegos resulta poderosamente evocadora. Los cuatro periodos en que se estructura la obra, a saber, *El amanecer de Grecia* (2000-1600 a.C.), *El amanecer de Occidente. el mundo micénico* (1600-1200 a.C.); *El enigma de la edad oscura* (1200-800 a.C.) y *El tránsito hacia la libertad. La época arcaica* (800-500 a.C.), conforman un entramado de extraordinaria complejidad que pretende explicar no sólo lo que fue la Grecia más esplendorosa sino también algunos de los rasgos constitutivos de lo que terminó siendo Occidente. La civilización minoica fue esencialmente de estructura matriarcal y de convicciones pacíficas, de modo que a nuestros ojos se presenta como una luminosa estampa de vivos colores, palacios abiertos al mar, jardines llenos de flores y aves canoras, y seres humanos radiantes de felicidad. El mundo micénico, por el contrario, presenta una estructura patriarcal de origen indoeuropeo y exógeno y parece exigir una cultura de guerra, radi-

calmente diferente. Ambas sociedades conocen la escritura —la de los cretenses sigue siendo un misterio para nosotros— y ese fenómeno cultural es de unas consecuencias históricas irreversibles y absolutamente estructurantes de lo que luego sería Occidente. El mundo micénico nos ha sido dado a conocer a través de los dos hermosos poemas homéricos, la *Iliada* y la *Odisea*, las obras que inauguran la historia de la literatura occidental. Estas obras descubren una novedosa escala de valores y de jerarquización social, donde la esclavitud es un factor de sustentación social y económica y donde la mujer ha perdido el papel protagonista que desempeñaba en la etapa histórica inmediatamente anterior. También se nos explica la función que esa espléndida constelación de mitos griegos que tanto ha fascinado a los hombres de todos los tiempos y que aún hoy siguen ejerciendo un poderosísimo atractivo incluso sobre nuestros jóvenes, ha cumplido para que la aristocracia impusiera su escala de valores sobre el resto de una sociedad sometida. La Edad Oscura, esa

misteriosa etapa de varios siglos de duración de la que apenas sabemos nada y que se empeña en esfumarse si más ante nuestros deseos de saber, nos muestra cómo los valores cambian, los héroes se hacen ciudadanos, el ejercicio de la razón se adueña de los debates y de la reflexión, permitiendo con ello el progreso, el uso de la escritura se extiende más allá de su función instrumental como testimonio de quehaceres administrativos, aparece la moneda como herramienta de cambio, y, sobre todo, el individuo cobra conciencia de su historia y de sus padeceres, y comienza la aventura más apasionante, la que nos conduce al interior de nosotros mismos, a través de la introspección de los sentimientos o de la reflexión sobre nuestro ser, nuestro origen y nuestro destino.

La capacidad que tienen algunos escritores de contar cosas conocidas pero de modo diferente, de tal manera que parezcan nuevas, provoca en la imagen del lector un mundo coherente, bien trabado, comprensible y vivificador. Bernardo Souvirón ha realizado un poderoso ejercicio de síntesis que da sentido a lo fragmentario y que estructura y vertebrata en unidades superiores y de más amplio alcan-

ce lo reservado a unos pocos. Nos explica de manera novedosa su propia visión de un mundo apasionante cuyo conocimiento nos permite entender mejor el nuestro, pues constituye una de sus raíces más fecundas y nutricias. El pasado es rico en misterios, pero también lo es en enseñanzas, en mensajes extraordinarios que han desafiado el paso del tiempo para mostrarse ante nosotros como faros erguidos y brillantes en medio de la niebla. Algunos de esos recuerdos han sobrevivido durante milenios a todo tipo de desgracias y se han conservado, orgullosos, tal y como sus autores los crearon; otros se mantienen en pie a duras penas, heridos, mutilados, pero vivos y altivos como si nos contemplaran desde una perspectiva inmortal. A través de las palabras podemos viajar en el tiempo a través del tiempo. Mundos en los que por debajo de desastres y de logros, de esfuerzos y de muertes, aparecen las rutas sobre las que ha transitado la historia. He aquí implícita la teoría platónica del conocimiento, la rememoración de los recuerdos. Considera nuestro autor que la actitud crítica ante los hechos de la vida y de la historia está siempre en el origen de la verdad y que resulta

un milagro que, unos cuantos miles de años después de que los hechos sucedieran, sigamos hablando de ellos; un milagro que podamos sentir su magia, su inmortal atractivo y, a la vez, tener la sensación de que aprendemos sin cesar a cada paso. Aquí hace suya la pregunta que el propio historiador romano Tito Livio en el siglo I a.C., se hacía al narrar los orígenes de Roma en su *Ab urbe condita*: ¿quién puede afirmar un hecho tan antiguo como cierto?

El libro se acompaña de treinta y seis ilustraciones en blanco y negro, más unas trece figuras en color entre las pp. 192-193. La cubierta reproduce una instantá-

nea de los restos del templo de Apolo en la isla de Naxos, que en formato reducido y en blanco y negro se localiza también en la p. 284.

La impresión de este volumen es muy positiva. El viaje personal por el alba de Occidente ha encontrado en Bernardo Souvirón a uno de sus mejores cantores, una salmodia rítmica que lo encubre como hijo aventajado del eterno Homero.

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

CARLOS GARCÍA GUAL, *Introducción a la mitología griega. Edición ilustrada y ampliada*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, 334 pp.

El autor había publicado en la misma editorial en el año 1992 una edición de bolsillo con el mismo título, trabajo que ahora se ilustra y amplía en todos los sentidos. A las tres partes en que se divide el libro (*Definiciones, Figuras y motivos, Interpretaciones*) se añade una Bibliografía sobre mitología que recoge lo más granado entre los años 1984-2004 y dos capítulos nuevos que no constaban en la ya aludida de 1992: *la perspectiva romántica sobre el mito*, con las aportaciones de pensadores y poetas de ese momento histórico, y *estudios recientes sobre mitología clásica (1984-2004)*. Las ilustraciones en blanco y negro se aproximan a la centena, mientras que las láminas a todo color, treinta en total, se concentran entre las páginas 96-97 y 216-217. En la cubierta del libro en tapa dura se reproduce la *Asamblea de los dioses presidida por Zeus*. Museo Gregoriano Etrusco. Ciudad del Vaticano, ilustración ideal para el tema de este bello volumen que resalta la iconografía como fuente de relatos míticos. Esta puesta al día en una materia como la mitología griega nos muestra el vigor de los estu-

dios en una disciplina que no para de producirse y cuya fecunda labor comienza a vislumbrarse en los comienzos del recién estrenado siglo XXI. El esquema seguido se inicia con las diferentes propuestas para la definición de *mito* y *mitología*, con un pequeño recorrido por la tradición mitológica en Grecia y por las relaciones entre la mitología y la literatura. El segundo bloque presta atención al valor permanente de los poetas épicos en la configuración de viejas creencias y cultos y en la fijación de un corpus mitológico. Le sigue la familia olímpica de los dioses y sus relaciones, oposiciones y dominios, la organización de ese mundo divino a través de la *Teogonía* de Hesíodo, los mitos de Prometeo y de las edades, la consideración de los héroes y de las divinidades menores, etc. La interpretación de los mitos acapara la tercera parte del volumen, desde la alegoría hasta el evemerismo, desde la mitología clásica en el Renacimiento hasta la mitología comparada, pasando por las diversas interpretaciones de los mitos en el siglo XX (historicista, simbolista, funcionalista, socioló-

gica, antropológica, estructuralista, ecléctica). La impronta y la persistencia de la mitología, la fantasía mítica y los mitos, el rico y fascinante legado griego, los peligros y los encantos de su llamada provocan que Carlos García Gual fije su interés en el mundo de las mujeres y la representación de lo femenino y en la llamada tradición mítica con los variados reflejos que los mitos procuran. El viejo apéndice de algunos textos para la reflexión (edición de 1992) se amplía considerablemente ahora y se inserta a lo largo de los distintos capítulos del libro, con una coherencia y oportunidad relevantes.

La impresión del libro no puede ser más positiva. A la elegancia de una edición de lujo, en negro azabache, se une el acierto de Alianza Editorial al confiar a Carlos García Gual el desarrollo de un tema que conoce y trata a la perfección. La agradable lectura de esta obra rigurosa, clara y amena, colmará los apetitos de los más exigentes paladares que degustarán con denuedo y frenesí los avances de unos estudios en boga tan clásicos y a la vez tan novedosos.

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

ISRAEL CAMPOS MÉNDEZ, *El dios Mitra: los orígenes de su culto anterior al mitraísmo romano*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2006, 299 pp.

Este libro, adaptación de lo que fue en su día la defensa de la tesis doctoral de Israel Campos Méndez, *El dios Mitra: análisis de los procesos de adaptación de su culto desde el marco social, político y religioso del Irán antiguo al del Imperio Romano*, dirigida por la Dra. Rosa María Sierra del Molino, se estructura en cinco bloques y once capítulos a los que sigue unas conclusiones, una bibliografía y un índice de fuentes. El primer bloque representa una puesta al día de los estudios mitraicos y postula la metodología seguida en esta investigación. El segundo bloque se centra en la protohistoria del dios Mitra, el origen de su nombre y la posición que ocupa en el panteón védico. El tercer bloque se ocupa de la religión de los antiguos iraníes y el culto pre-avéstico de Mitra. El cuarto pasa revista a la labor de Zoroastro y a la figura de Mitra avéstico. El quinto y último bloque recoge el culto oficial del dios, atendiendo a la dinastía aqueménida, a su situación en el periodo helenístico y a la progresiva transformación del culto original. Uno de los principios que guía este

manual es el de la otredad, es decir, la percepción por parte de otros pueblos vecinos, enemigos o aliados de la realidad objetiva que se produce en un determinado momento. Este modo de encarar la investigación responde a una vía actual de análisis que garantiza su viabilidad y oportunidad científicas.

El uso de las fuentes literarias nos lleva a plantearnos interrogantes significativos sobre cada uno de los puntos que plantea el Dr. Campos Méndez. A modo de ejemplo, las citas del historiador griego Plutarco, que mezcla dos expresiones del culto de Mitra, la zoroastriana y la misteriosa, nos trastoca la posición del biógrafo como sacerdote de Apolo, divinidad que se identifica con Mitra, y que al igual que ella no pertenece en su origen al panteón griego, ya que se trata de una asimilación de origen oriental. Otras veces, la identificación acontece con héroes archiconocidos de la mitología griega como Hércules y su maza. Esto por lo que respecta al mundo griego en el periodo de dominación romana o época imperial.

A las fuentes literarias se unen testimonios epigráficos, arqueológicos y artísticos, que aportan un considerable volumen de información, no fácilmente ajustable, que nos indica los elementos que intervinieron en el proceso de adaptación de esta divinidad a los contextos socio-religiosos en los que se desarrolló su culto.

El libro está muy bien escrito y apenas hemos encontrado erratas, si hacemos caso omiso a las palabras escritas en lengua griega, cuya acentuación resulta deficiente y un tanto irritante. En la bibliografía de los autores clásicos (pp. 284-285), la nómina se interrumpe en

Lactancio, no recogándose, por contra, citas de Luciano, Ovidio, Platón, Plinio, Plutarco, Polibio, Polieno, Porfirio, Salustio, Séneca, Suetonio, Tertuliano y Virgilio, autores que sí aparecen, en cambio, en el Índice de fuentes.

Estas pequeñas apreciaciones, *peccata minuta*, no empañan el esfuerzo de síntesis ante un tema complejo y sugerente, que de una forma clara y pedagógica ha sabido llevar a buen puerto Israel Campos Méndez.

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *Diccionario de términos del mundo antiguo*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, 266 pp.

Dentro de la Biblioteca de consulta de Alianza Editorial surge este libro cuyas pretensiones son modestas y estrictamente prácticas, como las de servir de orientación y ayuda al lector interesado en la Antigüedad, proporcionándole definiciones *ad hoc* de los diferentes términos y situándole otros dentro de su contexto específico con el fin de facilitar su comprensión y entendimiento de unas culturas ajenas cuyas realidades institucionales e ideológicas, plasmadas en vocablos propios y muchas veces intraducibles, no sólo constituyen los elementos clave de las mismas que explican actitudes y comportamientos, sino que han dejado también, al mismo tiempo, todo un importante legado en nuestra tradición posterior. Como docentes, somos conscientes de que, a veces, solemos citar de pasada los nombres de regiones que han desaparecido de los modernos atlas o cuyo ámbito específico de significación ha experimentado notables cambios, o traemos a colación gentilicios que no pueden ubicarse con facilidad dentro de un mapa, bien a causa de su estatus ambiguo entre

la realidad y la ficción, bien por entrar de lleno dentro del universo imaginario. Así la *polis* griega no es estrictamente una *ciudad-estado*, como se la traduce habitualmente, una expresión que se ajusta mejor a otras realidades políticas como las antiguas ciudades sumerias o las fenicias, ni el *imperium* de que se hallaban provistos los magistrados romanos queda reducido al *mando* como podría indicar su versión más simplista. Se hace necesaria la utilización directa de tales términos con el loable objetivo de no desvirtuar su significado mediante traducciones parciales, que resultan equívocas o claramente incompletas, o de no alargar excesivamente mediante constantes aclaraciones parentéticas un texto en el que dichos conceptos juegan tan sólo un papel referencial. En ocasiones consultamos manuales cuyos términos poseen resonancias e implicaciones institucionales e ideológicas; para ello nada mejor que abordar, como hace F. J. Gómez Espelosín, un intento de definición o ubicación de los mismos dentro de su propio contexto, de cara a facilitar la lectura y mejor

comprensión de los libros dedicados al estudio del mundo antiguo, donde aparecen necesaria y continuamente mencionados o aludidos.

Se excluyen del diccionario los personajes históricos, las figuras mitológicas y las divinidades, y todos aquellos términos de carácter técnico, sobre todo, los de tipo artístico y arquitectónico. El orden de los lemas sigue un criterio alfabético y eminentemente práctico, utilizándose grafías como la *ph* para la griega, la *th* para la , la *ch* para la , y la *κ* en lugar de la *c*; del mismo modo se pasa la *u* a la *i* en palabras como *asília* y *criptía*, mientras que se mantiene la *y* en la mayoría de los términos que no cuentan en nuestra lengua con esa tradición de uso, dado que palabras como *asty*, ciudad, quedarían

así un tanto irreconocibles. También se opta por la monoptongación en *u* de los diptongos griegos en *ou* en pro de una más fácil lectura para quienes desconocen los principios elementales de la fonética griega.

La utilidad de este diccionario en formato de bolsillo es indiscutible, una buena herramienta disponible para la consulta pertinente e inmediata, cuya claridad y rigurosidad dan buena cuenta de la pedagogía de su autor, un escritor y divulgador destacado de la historia antigua.

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Constituciones políticas griegas (Aristóteles, El viejo oligarca, Jenofonte), introducción, traducción y notas de Antonio Guzmán Guerra, Madrid, Alianza Editorial, 2007, 192 pp.

Se recogen en este libro tres textos constitucionales de las dos ciudades políticamente más señeras del mundo griego antiguo: la democrática Atenas y la oligárquica Esparta. La *Constitución de Atenas* de Aristóteles se estructura en dos partes: la primera se interesa por la evolución política de los diversos regímenes que se sucedieron en Atenas desde la época primitiva hasta el final de la Guerra del Peloponeso, con apartados sobre la labor legisladora de Dracón, las reformas de Solón, las primeras tentativas de Pisístrato, el papel de Clístenes como jefe del partido democrático, la fundación y el funcionamiento del Consejo del Areópago, el régimen de Pericles, el gobierno de los Treinta tiranos y la restauración de la democracia; la segunda parte se dedica al análisis de las diversas instituciones políticas contemporáneas de la ciudad de Atenas hasta alcanzar la propia época del autor. Se hacen patente los sucesivos esfuerzos por vertebrar la sociedad civil mediante el alumbramiento de instituciones y procedimientos políticos como los siguientes: la elección de los magis-

trados y cargos públicos mediante sorteo, la limitación o prohibición de ser elegido una segunda vez, la penalización por inasistencia al Consejo, la abolición de la esclavitud por impago de deudas, la publicidad y transparencia de las leyes, la institución del Areópago, los conceptos de igualdad ante la ley (*isonomía*) y la libertad de expresión (*isegoría*), el derecho de apelación y recurso a los tribunales, el derecho de arbitraje, el reparto de tierras, la elaboración de un censo de ciudadanos por tribus y no por familias, el ostracismo, la obligación para los cargos públicos de rendir cuentas de su gestión, etc. En la historia de Europa la sociedad vuelve a redescubrir la posibilidad de retomar y reformar los temas de la democracia clásica en tiempos de la Ilustración, y a partir de ella emergen las dos grandes revoluciones del siglo XVIII, la americana y la francesa. A los conceptos atenienses de *igualdad y libertad* los nuevos revolucionarios de orientación deísta e ilustrado-masónica sólo tuvieron que añadir el de *fraternité*. La segunda constitución, conocida como *El viejo*

Oligarca, es un texto que presenta la forma de una carta extensa o un *dossier* escrito por un ciudadano ateniense, miembro sin duda de la clase oligárquica, que lo compuso como informe confidencial para algún ciudadano o autoridad de Esparta. Tiene el aspecto de ser un cuaderno de notas, una especie de borrador inconcluso, presumiblemente destinado a una revisión posterior nunca efectuada. En él se discute la excesiva concentración de poder que la democracia asigna al pueblo, aunque también se reconoce que cuando la aristocracia alcanza el poder suele monopolizar en su propio provecho los beneficios del sistema. La tercera de las constituciones, *La república de los lacedemonios*, es esencialmente didáctica. Grecia se halla sumida, tras la derrota sufrida por Atenas en la Guerra del Peloponeso, en una grave crisis social, económica e ideológica, y en consecuencia surge entre ciertos círculos cultos la necesidad de un nuevo tipo de *paideia* que ayude a la sociedad del siglo IV a.C., a salir de dicho trauma. La primera parte de esta obra reproduce ciertas costumbres espartanas como la igualdad entre hombres y mujeres, la procreación de los hijos, la austera educación

de los jóvenes, las comidas comunitarias, la vida de los ciudadanos iguales (*bomoíoi*), la prohibición de acumular riquezas y dedicarse a los negocios, el uso común de la propiedad, el ciego acatamiento de las leyes, el poder de los éforos y la elección del Consejo de Ancianos o *Gerousía*. La segunda se consagra a la descripción del ejército espartano, a los preparativos de las campañas militares, al papel que desempeñan los dos reyes y a la serie de magistrados y cargos que acompañan a los monarcas.

El profesor Guzmán Guerras nos proporciona, además, un glosario de términos políticos (pp. 22-26), muy útil para no enredarse en el discurso legal, y una traducción clara y precisa, con pertinentes notas, de unos textos políticos de gran trascendencia universal en la literatura posterior. Este nuevo título de la colección Clásicos de Grecia y Roma, el BT 8286 en edición de libro de bolsillo, nos acerca aún más a la jurisprudencia de ayer, de hoy y de siempre, que tiene en Grecia su principal cantera.

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

ESTHER TUSQUETS (ed). *El libro de los sueños*, Barcelona, RqueR, 2005, 159 pp.

Que no se engañe el lector de la compilación llevada a cabo por Esther Tusquets. Pese a lo que pueda sugerir el título, no estamos aquí ante uno de los múltiples diccionarios de sueños que proliferan en el mercado, ni ante un erudito bosquejo de oniro-tipología cultural occidental, ni tampoco, aunque sea el enfoque que más se le asemeje, ante una obra como el *Libro de sueños* de Borges, recopilación de sueños y pesadillas que, cual “bestiario moderno”, explora “la evolución y ramificación de tan antiguo género desde los sueños proféticos del Oriente hasta los alegóricos y satíricos de la Edad Media y los puros juegos de Carroll y de Franz Kafka”¹. En la obra que reseñamos, resultado de una experiencia enteramente contemporánea, Esther Tusquets, escritora y propietaria, hasta hace muy poco, de la editorial Lumen, ha solicitado a diversos personajes representativos del mundo cultural, especialmente a novelistas –y, de entre ellos, a los que mejor podían encajar en el proyecto–, que le contaran por escrito uno de sus sueños. Ha surgido así un libro en el que un infantil

Enrique Vila-Matas, rodeado de los rascacielos de Nueva York, juega feliz al fútbol en un patio; en el que la niña Ana María Moix contempla su propio entierro desde un balcón; en el que Ana María Matute cabalga y canta con los cosacos; en el que Juan Marsé nada en una alberca cuya agua se convierte en barro; y en el que la propia Esther Tusquets llega a su residencia de verano para darse cuenta, primero furiosa y luego desolada, de que, sin que ella se haya apercibido, el verano ha terminado ya.

Los textos aquí incluidos, inéditos casi en su totalidad², son muy diversos por su extensión, su tono y contenido. Algunos sueños son más espontáneos; otros han sido elaborados y convertidos en relatos –como “Una relación de inconveniencia” (pp. 41-46) de Lucía Etxebarria; “Un sueño” (pp. 121-122), de Carme Riera; o “Los sueños en los sueños” (pp. 133-134) de Javier Tomeo–; un tercer grupo, en fin, se sitúa a medio camino entre el relato y la disertación sobre los sueños y el hecho mismo de soñar o no soñar, como “Acerca de los sueños” (pp. 37-38), de Arcadi Espada, o

“Sobre los sueños”, de Javier Marías (pp. 71-73). Sea como sea, el bien conocido axioma de que los sueños dicen mucho sobre el individuo que los sueña, viene a confirmarlo el gran número de autores que los relaciona con su vida. Así, relata Josefina Aldecoa (pp. 17-18) cómo un sueño angustioso y repetitivo que siempre la despierta sobresaltada tiene por escenario la casa campestre de sus abuelos, en la que vivió largas temporadas de su infancia y en la que, a los diez años, le llegó la noticia de que había estallado la Guerra Civil, clausura de su niñez. En “Salvar a un niño” (pp. 79-80), Gustavo Martín Garzo explica cómo, en la que fue la época más amarga y dura de su vida, soñó –y fue la mañana que siguió a ese sueño el único momento de dicha en aquel período– que, no pudiendo conciliar el sueño, se levantaba a deambular por la casa, encontrando en la cocina a un niño muy pequeño a quien salvaba de una muerte segura. Y Javier Pastor, en “Tres sueños tras una muerte” (pp. 99-100), bosqueja tres estampas oníricas, surrealistas y sangrantes, enlazadas por el *leitmotiv* de la muerte de su hermana: “Tendido en el suelo, el cuerpo desnudo y macerado de mi hermana muerta semeja el de una ahogada.

De sus pezones brotan los limpios arcos de dos surtidores de sangre. Le suplico que se quite ya esas tetas de broma” (p. 100). Hay también autores que relacionan los sueños no ya con su vida, sino con su obra, y que aluden al papel fundamental que han desempeñado en su carrera artística. Es el caso de Rosa Montero, que durante su adolescencia había soñado varias veces con un hombre aparentemente amistoso que se le acercaba, en realidad, para estranglarla, episodio que, según constata con sorpresa, aflora inconscientemente muchos años más tarde en una de las secuencias de *Te trataré como a una reina*. Este sueño hizo descubrir a Montero que la narrativa que le interesa surge del mismo lugar del subconsciente de donde nacen los sueños; y que las novelas son, en realidad, los sueños diurnos del autor: “Fue un aprendizaje que me hizo madurar como escritora” (p. 86). No son raros, en fin, quienes ejercen también de intérpretes. Es el caso, por ejemplo, de Esther Tusquets, que, en “Final de verano” (pp. 139-140) interpreta el sueño de que el verano ha terminado sin que ella haya podido disfrutarlo como símbolo de su negativa a aceptar el punto final que supone la muerte. Que esto es así lo

demuestra, a su entender, que el sueño haya desaparecido desde hace dos o tres años: “Quizás porque sé que he navegado mucho en el Tururut, que me he dado cientos de baños en alta mar, que he jugado a todos los juegos durante infinitas noches, que he disfrutado de charlas interminables, que conozco todos los matices de las salidas y las puestas de sol en Cap de Creus: que no importa demasiado que termine ya el verano, ni siquiera en el caso de que se trate de mi último verano” (p. 140). Más llamativo es, tal vez, el caso de José Luis Giménez-Frontín, que de un mismo sueño nos ofrece, en “El penúltimo espacio” (pp.49-55), dos lecturas separadas en el tiempo por varios años. En estas páginas relata el autor cómo, años atrás, había soñado que, tras ascender, poco a poco y con esfuerzo, por las plantas de su antiguo colegio y llegar a un lujoso estudio donde, entre libros, muebles y hermosas antigüedades, un sabio le explicaba el para qué y el cómo de los instrumentos y de la información allí depositada, constataba que era sólo cuestión de tiempo que el mar de fondo hiciera precipitarse sobre el edificio varias bolas de piedra y provocara su destrucción. En un primer momento, nos dice, consideró

el sueño representación de “la fragilidad y destrucción segura de toda construcción –física, mental, individual o colectiva–, incluyendo en primer lugar mi propia vida, una existencia arduamente construida, o que había de continuar construyéndose, planta a planta, nivel a nivel, hasta alcanzar en su penúltima etapa, antes de la extinción final, alguna suerte de sosiego y sabiduría” (p. 55); pero, años más tarde, cayó en la cuenta de que la invisibilidad o ausencia de compañeros, amigos y conciudadanos hubiera debido llevarle a plantearse desde el comienzo interrogantes en torno a la condición de la sabiduría y la soledad, acerca de si el conocimiento auténtico puede concebirse sin una pulsión sensible y una empatía amorosa o filantrópica. A otro nivel, en “Sueño tras la muerte de Terenci” (pp. 63-64), considera Román Gubern que el Terenci de grandes ojeras y aspecto demacrado que se le presentó varios meses después de su deceso para decirle que, pese a lo que todo el mundo creía, no había muerto, simboliza la negación de la muerte de su amigo y el hecho evidente de que lo necesitaba más de lo que había supuesto cuando estaba vivo. Y Nuria Espert, que, sintiendo la casa en que habitaba demasiado

grande, pensaba trasladarse a un pequeño apartamento en Plaza de Oriente, ve legitimada su idea de mudarse cuando sueña que su marido, muerto ocho años antes, sentado junto a ella en la minúscula mesa de un bar, espeta a un cura entrometido que, lejos de ser minúscula, la casa de la Plaza de Oriente es perfecta para los dos (pp. 39-40). Así, junto a sueños banales y meramente entretenidos, encontramos en este volumen un buen puñado de esos sueños que todos tenemos en los momentos cruciales de la vida, y que, providenciales, con una lógica aplastante —menos absurda y disparatada de lo que habitualmente se cree—, vienen a señalarnos, como a los héroes paganos o a los patriarcas bíblicos, qué senda tomar o cómo enfrentarnos a los peligros del mundo una vez que hemos descendido de los cielos por la misteriosa escalera de Jacob.

En resumen, la diversidad, la calidad literaria, el papel fundamental que desempeñan sus autores en la literatura española contemporánea y la hermosura insólita de algunas piezas, hacen de este libro una obra cautivadora, testimonio, además, de la profunda inquietud que despierta en todos, o en casi todos, ese mundo en el que el alma huma-

na es al mismo tiempo, como reflexionaba Borges, el teatro, los actores y el auditorio. Al valor literario de esta compilación y a su interés crítico —no debe menoscabarse la importancia de estos sueños como claves de lectura para acceder a las obras de, entre otros muchos, Josefina Aldecoa, Gustavo Martín Garzo, Ana María Moix, Rosa Montero y Esther Tusquets— se une, en efecto, su no menos relevante componente humano. Su editora, que habla por el colectivo de los novelistas, afirma en el prólogo: “Me aburres cuando me hablas de política, de literatura, de fútbol, de cosas que ya sé por los periódicos y los libros, y a las que casi nunca aportas nada nuevo, pero jamás me aburres cuando me hablas de ti mismo” (p. 9). Y los sueños, aun cuando sean manipulados —sólo podemos contarlos recontándolos, repitiéndolos con trampa, mediante un relato oblicuo—, quizá todavía más cuando han sido maquillados por el yo que los relata, son, al fin y al cabo, una manera peculiar de hablar de uno mismo.

MÓNICA MARÍA MARTÍNEZ
SARIEGO

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

NOTAS

- 1 J. L. Borges, *Libro de sueños*, Alianza, Madrid, 1999. p. 7.
- 2 Previamente se han publicado tan sólo “El salón” (pp. 47-48), de Cristina Fernández Cubas; “Regreso a Velintonia”(pp. 57-61), de Pere Gimferrer; y “Sobre los sueños” (pp. 71-73), de Javier Marías.

RAFAEL VÉLEZ NÚÑEZ (ed.), *La imaginación mítica: pervivencia y revisión de los mitos en la literatura de habla inglesa*, Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, 2002.

La imaginación mítica, libro que aquí reseñamos, es el resultado de las conferencias impartidas en las Jornadas del mismo nombre que tuvieron lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz en Abril de 2001. Un capítulo introductorio de R. Vélez Núñez –“La imaginación mítica: pervivencia y revisión de los mitos en la literatura de habla inglesa” (pp. 9-18)– da cuenta del contenido del volumen y de los principios fundamentales que lo animan. Se explica en él que, pese a que existen diversas formas de acercamiento al mito –antropológica, psicológica y filosófica...–, hay una serie de principios básicos en que se fundamenta toda mitocrítica: la facultad mitopoética sería inherente al propio proceso de pensamiento y satisfaría una necesidad humana básica; el mito constituiría una matriz de la que emergería la literatura tanto histórica como psicológicamente; los conceptos y modelos que se encuentran en los mitos servirían también como útiles principios heurísticos para la interpretación crítica; y los críticos de mitos, en

fin, localizarían el poder afectivo de la literatura en su calidad mítica residual, “sus afinidades con las respuestas primordiales al misterio de la existencia” (p. 11). En este interesante estudio introductorio se resalta, además, la situación histórica privilegiada en la que vivimos, ideal para estudiar retrospectivamente la complejidad del mito y plantearnos interrogantes sobre la existencia y pervivencia de la mitología. Antes de dar paso a las diferentes contribuciones, el autor explica el modo en que ha organizado este volumen monográfico en dos apartados principales, titulados, respectivamente, “Mitopóesis” (pp. 19-84) y “Pervivencia y reescrituras de los mitos” (pp. 85-248); y resume, para terminar, el contenido de cada uno de los artículos, que ordena cronológicamente, aunque olvidando incluir en su reseña, por inadvertencia, el interesante trabajo de B. Domínguez García.

En “Mitopóesis”, el primer apartado, se recogen los trabajos que cuestionan la existencia de los mitos, que abarcan desde acercamientos críticos de corte antropo-

lógico hasta trabajos basados en la lectura postmoderna del mito. En “Mito, rito, literatura y cognición” (pp. 19-44), J. A. Prieto expone las razones de la relación del mito y del rito con la literatura, vigentes incluso hoy en día. La literatura, en su opinión, no sólo habría asimilado la función social e ideológica que éstos expresaban, sino que, en realidad, compartiría naturalmente una misma función cognitiva, derivada de la capacidad de describir el mundo de modo ordenado y comprensible y, por ello, de transmitir una imagen que satisfaga la necesidad del ser humano de encontrar un sentido a lo que le rodea. C. Sánchez-Palencia y M. Almagro atienden en “La representación del mito, el mito como representación” (pp. 45-58) al significado del mito como representación, cuestionando los valores asociados al mito (inmutabilidad, universalidad, eternidad) y planteando, desde una perspectiva (de)constructivista, la situación del mito con respecto al conocimiento científico o la literatura, formas alternativas de representación también sujetas a una dinámica de desplazamiento y transformación que garantiza su pervivencia. El artículo de D. Tijeras –“Mitos de la modernidad:

razón, realidad y naturaleza humana” (pp. 59-70)– plantea una visión retrospectiva del análisis crítico de lo mitos a lo largo del siglo XX. Centrándose en el postmodernismo, el autor discute la vigencia de los valores en la actualidad y cuestiona la dirección de la propia imaginación mítica. Del mismo modo, en “El concepto de autoría y su relación con el mito: una perspectiva decimonónica” (pp. 71-84), retoma R. Sánchez la discusión sobre la muerte del autor y concluye planteando la imposibilidad de aplicar esos parámetros a la obra de la victoriana María Corelli.

En la segunda parte se recogen los trabajos sobre el estudio de la utilización de los mitos en la literatura inglesa, planteando, esencialmente, que el contexto cultural, ideológico y político en que ésta se inscribe ha dejado su impronta sobre la reescritura de los mismos. M^a José Gómez presenta en “La mitificación de Beowulf” (pp. 85-98) un estudio de la adaptación de *Beowulf* a la literatura popular, planteando que lo que recibe la audiencia popular no es la obra literaria original sino una adaptación de un producto de la “alta cultura”, cuyas reelaboraciones venden porque derivan de un producto de presti-

gio. Su acogida en la cultura de élite y en la popular se debe, tal vez, a que Beowulf pertenece a un mundo antiguo y desconocido que, por ello, se mitifica, pero que, en cualquier caso, en este proceso de mitificación revela más del mitificador que del mitificado. En “Ganímedes petrarquista: la (des)erotización del mito” (pp. 99-114), R. Vélez profundiza en el mito de Ganímedes, elemento pasivo de una de las relaciones eróticas y de poder que mejor definen la masculinidad en el Renacimiento. Se refiere, concretamente, a las diferentes lecturas y significados que adquiere el término *Ganímedes* en la literatura de la época y al modo en que se produjo su consolidación como icono del homoerotismo. En “Jack the Ripper: Mito y Violencia” (pp. 115-128), M.R. García-Doncel analiza la figura de Jack el Destripador, determinando cómo se convirtió en prototipo de violencia sexual para los victorianos, y constatando luego cómo el asesino trascendió el mundo real para adentrarse en la ficción, donde podría competir con Drácula, Frankenstein o Mr. Hyde. El trabajo concluye con una reflexión sobre la doble pervivencia del mito, en el mundo de la ficción y,

desgraciadamente, en la vida real. C. Rodríguez Pastor explica en “Enfermedad, lenguaje y el mito de la sensibilidad femenina en la época victoriana” (pp. 129-146) cómo en la época victoriana los diagnósticos y la medicina en general se convirtieron en temas de gran interés narrativo. La relación que la literatura mantenía con la psiquiatría y la medicina se basaba, ante todo, en la concepción del cuerpo humano, sobre todo del femenino, como texto que puede ser leído y, por tanto, dar acceso a la vida interior del personaje. Estas disciplinas contribuyeron, por un lado, a alimentar el mito de la sensibilidad, la intuición y el misterio del mundo afectivo femenino, pero, por otro, los invirtieron convirtiéndolos en causa de una salud problemática. En “Los mitos en el cuento de hadas: tradición e innovación” (pp. 147-168), B. Domínguez García estudia el personaje femenino desde la perspectiva de “la aventura del héroe” (Joseph Campbell), y se propone demostrar que la aparición de un nuevo cuento de hadas feminista, esencialmente caracterizado por subversiones que dan cuenta de los avances culturales y sociales del último siglo, responde, sobre todo,

a un impulso de ruptura frente al conjunto de mitos tradicionales. En “Vampiros en la ficción: el largo camino desde la mitología clásica hasta la postmodernidad” (pp. 169-186), L. Acosta y J. Toledo estudian la figura del vampiro, que representa, a un tiempo, el mito del no-muerto y la no-muerte del mito, arraigo que sólo puede explicarse atendiendo a las connotaciones simbólicas que entraña. La no muerte, la sangre, la atracción fatal y la seducción hipnótica se habrían convertido, no en vano, en instrumentos para explorar problemas en las relaciones entre los sexos, las clases sociales y el presente y el pasado. En “La nación irlandesa: tierra de leyendas/leyendas de la tierra” (pp. 187-200), A. Pérez Vides explica cómo en la literatura irlandesa, donde los objetivos nacionalistas han relegado a la mujer al papel de musa nacional, han proliferado las revisiones de las posturas esencialistas que defienden el proceso de homogeneización de las mujeres irlandesas como iconos de la madre Irlanda por parte de autoras contemporáneas. En “De Eva a María y vuelta a empezar: mitologías de lo femenino en Angela Carter” (pp. 201-224), S. Villegas, que estudia la

visión de los mitos femeninos desde el “segundo feminismo”, destaca la importancia de este tema para el movimiento de teología feminista que se desarrolla por estos años, y, sobre todo, para el grupo de escritoras que, al cuestionar la validez de los mitos de lo femenino heredados del patriarcado, vislumbran la posibilidad de deconstruirlos. El estudio se centra, fundamentalmente, en la producción de Angela Carter, que lleva a cabo una revisión de las tres imágenes femeninas más recurrentes en la mitología cristiana: Eva, la Virgen María y María Magdalena. En “*Corpus Christi*: ¿inversión o uso anti-homofóbico del mito de Cristo?” (pp. 225-234), A. Ceballos traza una serie de paralelos entre la historia de Cristo y la de Matthew Shepard, un joven homosexual asesinado a palos en Wyoming, según la refleja la obra de Terrence McNally, *Corpus Christi*. A partir de esta analogía, tildada de irreverente, la tragedia se sirve del mito de Jesucristo para reivindicar, no sin polémica, la cultura gay y para denunciar, en última instancia, las actitudes intolerantes frente a ella. En “¡Levántate, Lázaro! La frontera permeable de la realidad en Ben Okri” (pp. 235-248), Maurice

O'Connor presenta, en fin, la problemática de adecuar a literaturas como la africana criterios generalizados de la crítica occidental, especialmente el de la universalidad de la obra y su relación con una condición humana supuestamente homogénea en el tiempo y en el espacio. El autor se cuestiona aquí la validez de la dicotomía occidental mito/realidad en la obra de Ben Okri.

Nos hallamos, en suma, ante un conjunto de trabajos variado e interesante, al que lo único que puede achacársele es, tal vez, el hecho de que estén poco representados los que en nuestra cultura occidental han sido siempre los mitos por excelencia: los grecolatinos. Ciertamente es que algunos autores hacen referencia ocasional a ellos, como L. Acosta y J. Toledo, y que otros, como R. Vélez, se centran monográficamente en la interpretación renacentista de mitos indiscutiblemente clásicos, como Ganimedes. Pero ningún trabajo versa sobre las interesantes reescrituras de mitos grecolatinos que han llevado a cabo durante el siglo XX dramaturgos británicos, irlandeses o norteamericanos, como, por citar unos pocos ejemplos, Bernard Shaw con *Pygmalion*

(1912), Eugene O'Neill con *Desire under the Elms* (1924) o *Mourning becomes Electra* (1931); Tennessee Williams con *Orpheus Descending* (1957)... e, incluso, un ejemplo multicultural, *The Island*, de Athol Fugard (1973), pieza vinculada al mito de Antígona. Parece excesivo, por otra parte, decir que “sin duda el contexto de la literatura en inglés ofrece un corpus casi único a este respecto” (p.12), el de la revisión de los mitos, alegando que su variedad derivaría de un largo desarrollo histórico nutrido con elementos culturales de la civilización occidental y, más recientemente, con una escritura postcolonial donde la civilización occidental quedaría cuestionada al fundirse con otras asiáticas, africanas o americanas. Excesivo, afirmamos, porque esto mismo podría decirse, si no con tanta propiedad de la literatura en lengua española, sí, al menos, de las letras francófonas, como han demostrado los numerosos estudios llevados a cabo en el país vecino, donde la mitocrítica, en tanto que rama de la literatura comparada, cuenta con un firme arraigo universitario. Sorprende, en este sentido, que ninguno de los trabajos incluya en su listado bibliográfico los diccionarios de

mitos dirigidos por P. Brunel, cuya consulta, dada su orientación comparatista, hubiera resultado de sumo interés con vistas a apuntalar o desarrollar algunos de los aspectos que se apuntan en los trabajos aquí seleccionados, por lo demás muy completos y valiosos. No nos cabe duda, en efecto, de que el volumen ofrece una perspectiva única de las investigaciones en este terreno, pues, en resumidas cuentas, como dice Vélez Núñez en su bien trabado prólogo: “Aunque no

se tengan en cuenta algunos mitos o iconos de la contemporaneidad española, inglesa, europea u occidental, la discusión actualizada sobre el concepto de mito ofrecerá una nueva lectura que replantee su importancia, necesidad e, incluso, existencia” (p. 12).

MÓNICA MARÍA MARTÍNEZ
SARIEGO

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

HÉLÈNE PRIGENT, *Mélancolie. Les métamorphoses de la depression*, Gallimard, 2005, 160 pp.

Del 13 de Octubre de 2005 al 16 de Enero de 2006 tuvo lugar en el Grand Palais de París una exposición que, bajo el título “*Mélancolie. Génie et folie en Occident*”, ofrecía una panorámica histórica del concepto de melancolía, describiendo las causas y consecuencias del nacimiento y permanencia del sentimiento melancólico en Occidente y destacando el modo en que éste aparece ligado a las nociones de genio y de locura desde su surgimiento en la filosofía y la medicina griegas hasta la actualidad, pasando por metamorfosis tan significativas como las que experimentó durante la Edad Media, que lo diabolizó, el Renacimiento, que lo ensalzó, el Clasicismo y el Siglo de las Luces, que tomaron distancia frente a él, y el Romanticismo, que, al proclamar la muerte de Dios, le hizo tomar nuevos rumbos. Este mismo enfoque cronológico es, a grandes líneas, el adoptado por Hélène Prigent, que fue, junto con Jean Clair, organizadora de la exposición y que en este libro nos ofrece, por tanto, un valioso testimonio gráfico de lo que en ella pudo verse.

En el primer capítulo, “Anatomie de la mélancolie” (pp. 12-29), recuerda la autora que la historia de la melancolía empieza en Grecia a comienzos del siglo IV a.C., cuando aparece por primera vez la palabra *melancolía*, que significa, literalmente, ‘bilis negra’, es decir, uno de los cuatro humores producidos por el cuerpo humano. La melancolía designaba así la enfermedad debida al exceso de este humor, que, según se decía, engendraba en el hombre temor y tristeza; pero, concepto ambivalente, quedó ligada, ya en Aristóteles, a la imaginación y la memoria, y, por tanto, al genio creador. La acedia, asociada a ciertas prácticas características del cristianismo oriental e inmortalizada iconográficamente en la figura del anacoreta atormentado en el desierto, se revela también muy pronto como un tipo particular de melancolía que incide en el carácter exclusivamente demoníaco de la imaginación, fuente de todos los vicios. Desarrollando estas ideas, en “La Faute mélancolique: Saturne et Satan” (pp. 30-43), explica Prigent cómo, transmitidas a la Edad

Media Occidental, la tradición griega de la melancolía y la tradición oriental de la acedia se convierten en objeto de un largo trabajo de reflexión moral. Bajo la doble enseña de Saturno y de Satán, estos términos, tras un proceso de moralización a la vez teológico y astrológico, terminan por designar los males más terribles que pueden abatirse sobre el individuo. Con la aparición de los “hijos de Saturno”, corrompidos en cuerpo y alma, la melancolía medieval se nos presenta, no en vano, marcada por la culpabilidad y la fatalidad.

En el tercer capítulo –“L’âge d’or de la mélancolie: la Renaissance” (pp. 44-65)– explica la autora que, en la estela del proceso de subjetivización que se abre paso desde finales de la Edad Media, el Renacimiento, al trascender la visión teológico-moral de los siglos anteriores, enlaza con la tradición aristotélica según la cual el melancólico es, ante todo, un hombre de genio; y que este cambio de perspectiva, que da entrada a la época dorada de la melancolía, aparece testimoniado por el famoso grabado de Dürer: *Melencolia I*. No obstante, como se explica en el capítulo siguiente– “Classicisme et

Lumières: la mélancolie en vanité” (pp. 66-87)–, incluso antes de que terminara el siglo XVI, hubo quienes, indignados ante la progresiva banalización de la melancolía, comenzaron a desmitificarla, arrebatándole el prestigio que había adquirido en la época anterior y denunciando los desarreglos a los que daba pie, con lo que la convertían en una simple patología. La aproximación médica generalmente despreciativa de esta época contribuyó a que su imagen se modificara sustancialmente. Los filósofos cartesianos tendieron a arrinconarla, negando el carácter celeste de dicha condición, y los enciclopedistas, por su parte, la convirtieron en emblema de la vanidad del deseo de perfección.

Con el tiempo las cosas volvieron a su cauce, porque el romanticismo, al valorar al individuo sensible que se sitúa al margen de la sociedad, al preferir los recursos de la imaginación a los de la razón, y al reconocer en lo fantástico un medio de expresión original, enlazó con ciertos rasgos de la melancolía antigua. Y, con él, reapareció también el vocabulario de la acedia, ora en la figura de Satán o en visiones de exacerbado erotismo, ora en la atención que se presta a

las pesadillas o en la exaltación de la locura. La aportación fundamental del capítulo quinto, dedicado a esta época –“Le Roman-tisme: le dernier lieu mélancolique” (pp. 88-107)–, es, sin embargo, la constatación de que, a partir de entonces, la melancolía no se inscribe ya en el marco de una relación de trascendencia, sino en la inmanencia. Para el prerromanticismo primero, y luego para el romanticismo, lo sublime no se encuentra ya circunscrito, como en la época clásica, a la relación con lo sagrado, sobre todo porque la esfera de lo sagrado, al mismo tiempo que se ha extendido considerablemente, también se ha dispersado. Por todo ello, las últimas variedades de la melancolía romántica representan, en más de un sentido, una rebelión contra la muerte de Dios. El último capítulo del libro –“L’après-romantisme ou le temps de Chronos” (pp. 108-128)– se consagra, en fin, a la melancolía contemporánea, época en que la reflexión sobre la condición melancólica se centra, más claramente que nunca, en el vagabundeo absurdo del individuo en la inmanencia. Mención especial merece el apartado dedicado a la mirada, que, retomando parcialmente algunas ideas expues-

tas en apartados anteriores, reflexiona sobre el sentido último de la iconografía melancólica: “En trouvant dans les pouvoirs de l’imagination leur signe caractéristique, qu’il s’agisse des images débridées de l’acedia ou des images endeuillées de la mélancolie, acedia et mélancolie définissent l’image comme l’unique échappatoire face à une réalité qui est, et qui reste, impensable” (p. 127). La parte final del libro, que contiene una significativa selección de “Témoignages et Documents” (pp. 130-149), apun-tala documentalmente las conclusiones a las que se llega en la parte central del trabajo, hasta entonces ilustrado, sobre todo, por manifestaciones de carácter artístico.

La *Mélancolie* de Hélène Prigent nos ofrece, pues, dentro del espíritu de la colección “Découvertes Gallimard”, una breve historia cultural de la melancolía y, al mismo tiempo, un excelente panorama de su iconografía. A través de esculturas, pinturas, grabados, fotografías y documentos de carácter filosófico o literario, la autora nos lleva a descubrir las diferentes facetas de este sentimiento, un sentimiento universal e intemporal, pues, como apunta el propio título, la depresión, epidemia de nuestro siglo, en

cuanto que nueva designación de la melancolía, no es más que su último avatar. Si el objetivo de este trabajo era arrojar luz sobre el sentido histórico de una palabra que designa una realidad tremendamente compleja y ambivalente, la tarea ha sido culminada con éxito, pues las inevitables lagunas que entraña la condensación de un tema tan amplio en unas escasas ciento sesenta páginas, quedan suficientemente colmadas por las referencias bibliográficas recogidas al final del trabajo (pp. 150-151). Se echa de menos tan sólo todo lo

relativo a la sección séptima de la exposición, que abordaba los conceptos de naturalismo y melancolía desde una perspectiva clínica, y, quizás, por lo que respecta a la parte contemporánea, el papel que ha podido desempeñar el cine en la configuración de la iconografía melancólica más actual.

MÓNICA MARÍA MARTÍNEZ
SARIEGO

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

MLETZKO, M. *Ernte den Tag. Carpe diem. Das Florilegium der römischen Verskunst gesammelt und übersetzt von Manfred Mletzko*, Norderstedt, Herstellung und Verlag: Books on Demand GMBH, 2005, 116 pp.

Manfred Mletzko, autor de varias obras en que pretende poner el inmenso patrimonio de la lengua latina al alcance de un público profano –*Variatio delectat. Das vademecum der lateinischen Sprichwörter gesammelt und übersetzt von Manfred Mletzko* (1998), que se reeditó en 2002, y *Mletzkos Lateinisches Zitäten Lexikon. Ubi Penne, ubi patria!* (1999)–, nos obsequia ahora con un librito que, tomando por insignia la consigna horaciana *carpe diem*, incluye una selección de versos de Catulo, Horacio, Propercio, Tibulo, Ovidio y Séneca, tanto en lengua latina como en traducción al alemán. Acompañan a los versos ilustraciones hechas por la esposa del autor, empresa que se justifica en un prólogo titulado “Laetare Latine: Zum Geleit” –“*Ich danke meiner Frau Gabriele Mletzko (...) für ihre schönen Bilder. Sie machen das Büchlein zu einem Poesie-Album der besonderen Art*” (p.7)– y, ya en el proemio (pp.8-9), trayendo a colación los famosos versos horacianos en los que se expresa el principio *ut pictura poesis*: “*Ut pictura poesis: erit quae, si propius stes, / te capiat magis, et quaedam, si longius abstes; /*

haec amat obscurum, volet haec sub luce videri, / iudicis argutum quae non formidat acumen; / haec placuit semel, haec deciens repetita placebit” (*Ep. ad Pis.* 361-365)¹. El espíritu de la obra, que, responde, como querían las poéticas clásicas, al doble propósito de enseñar y entretener –“*prosit et delectet!*” dice Mletzko al lector en p.7– queda así puesto de manifiesto desde el comienzo.

Mletzko divide su obra en tres grandes partes. La primera es “VITA: DAS LEBEN” (pp.11-42), que incluye pasajes de Horacio –*Od.* 1.11, 6-8; 2.10; 2.16, 25-28; y 4.12, 23-26–; Propercio –*Eleg.* 2.7,1-4 y 2.10, 5-6–; Ovidio – *Am.*1.8, 49-50; 3, 62-66; *Met.*10, 519-520; *Fasti* 4, 311-312 y 6, 771,772; *Ep. ex Ponto*, 3.4, 79-80; y *Tristia* 3.4. 25-26–; y Séneca: *Hercules furens* 178-181 y *Epigrammata* 59. La segunda, “AMOR: DIE LIEBE” (pp.43-76), da cabida a Catulo –*Carm.* 5, 109 y 85–; Tibulo – *Eleg.*1.6, 29-30; Propercio – *Eleg.* 1.15, 29-32; 2.8, 7-8; 2.15, 11-12; 2.15, 29-35; 2.17, 5-10; 2.20, 35-36; 2.22, 35-44; 2.22, 43-44–; y Ovidio: *Am.*1.15; 2.11, 37-44; 3.11, 33-44 y *Art* 2, 515-519. La tercera, “LETUM & MORS:

DER TOD” (pp. 77-94), recoge algunos versos de Propertio – *Eleg.* 2.28, 57-58; 4.7, 1-2–, Ovidio – *Am.* 2.10, 35-38; *Met.* 3, 135-137; 15, 158-159; 15, 234-236 – y Séneca: *Epigrammata* 1. Sigue a este núcleo central un narcisista “NON OMNIS MORLAR: MEHR VOM AUTOR” (pp. 95-99), en el que Mletzko hace propaganda ilustrada de sus otras dos obras; un recordatorio de la vida y obra de los poetas recogidos en la antología –“POETAE: DIE DICHTER” (pp. 101-108)–, un listado de fuentes –“FONTES: DIE QUELLEN” (109-110)–; un índice latino y otro alemán de los poemas que contiene el libro (pp.112-113), y una página de clausura con el célebre pensamiento de Séneca de que necesitamos la vida entera para aprender a vivir y, cosa sorprendente, también para aprender a morir –“*Vivere tota vita descendum est et, quod magis fortasse miraberis, tota vita descendum est mori*” (*De brevitae vitae* 7,3)–, que es, por cierto, el mismo que, en forma condensada, inauguraba el libro: “*Vivere discite morique* (nach Seneca)” (p. 1). Un guiño más del autor, que, en su afán por dar a conocer el mundo clásico, nos ofrece un ejemplo perfecto de la tan querida para los antiguos “composición en

anillo”, suerte de tríptico estructural mediante el que una idea inicial, tras su desarrollo, es recuperada como conclusión final.

En una época en que el *carpe diem*, fundamentalmente asociado a *El club de los poetas muertos*², se ha convertido en moneda de uso común en ámbitos tan variados como el de los libros de autoayuda, la denominación de bares y discotecas, y los *forwards* de internet, es encomiable, sin duda alguna, que Mletzko haya hecho el esfuerzo de retornar a las fuentes primigenias, ofreciéndolas incluso en lengua original. Pero la selección de textos efectuada es, en más de un sentido, discutible. Esto es así, para empezar, porque no están todos los que son. El autor se ha centrado excesivamente en los elegíacos, especialmente en Propertio y en Ovidio. De Tibulo, que presenta recreaciones del tópico tan interesantes como *Eleg.* 1.1, 69-72; 1.5, 75-76 y 1.8, 47-48, especialmente la primera de ellas –“*Interea, dum fata sinunt, iungamus amores:/ Iam veniet tenebris Mors adoperta caput,/ Iam subrepet iners aetas, nec amare decebit,/ Dicere nec cano blanditias capite.*”³–, no se recoge más que un poco significativo 1.6, 29-30. No se incluye el famoso dístico final

del *De rosis nascentibus*, durante tanto tiempo atribuido a Ausonio; y a Horacio, acuñador de los versos bautismales del tópico, se le presta más bien poca atención, porque, aunque se recoge el fragmento correspondiente de *Od.*1.11, es decir, los vv. 6-8, que son los que le han dado nombre, no se incorporan fragmentos ni del epodo XIII, ni de las *Od.*1.4, 1.9, 4.7... Ahora bien, si que no estén todos los que son es disculpable—esto es algo que sucede, por definición, en todas las antologías—, no lo es tanto el que no sean todos los que estén. Es decir, que, habiendo dejado fuera tantas interesantes formulaciones del *carpe diem*, sí se recojan, en cambio, versos que se relacionan con el tópico sólo de manera tangencial. Es, por citar unos pocos ejemplos, lo que sucede con *Od.* 2.10 de Horacio, que recrea un tópico diferente, el de la *aurea mediocritas*, cuya única semejanza con el *carpe diem* es que expresa una filosofía particular de la vida; o *Am.*1.5, 17-26 de Ovidio, que tras describir el cuerpo perfecto de Corina una vez que el yo lírico ha conseguido arrancarle la ropa, alude sutilmente a la actividad a la que ambos se entregan: “*Nil non laudabile vidi/ et nudam pres-*

si corpus ad usque deum./ cetera quis nescit? Lasso requiemus ambo./ proveniant mediū sic mihi saepe dies”⁴. Hay, asimismo, pasajes que expresan una visión optimista de la vida, pero cuya relación con el *carpe diem* es limitada o nula, como “*Quod si deficiant vires, audacia certe/ laus erit: In magnis et voluisse sat est*” (Propertio, *Eleg.* 2.10, 5-6)⁵. Parece, en suma, que, aun siendo el autor conocedor de la lengua y la literatura latinas, al optar por titular la compilación *Ernte den tag*, no tomó el tópico en su sentido estricto—un *carpe diem* en su forma más desarrollada incluye, fundamentalmente, una exhortación al placer, cláusulas temporales, razonamientos en torno a la brevedad de la juventud y la belleza, y la amenaza de la muerte o de la vejez que pone fin a los placeres—, sino que se valió de la difundidísima acuñación horaciana como reclamo, convirtiéndola, como tantos otros han hecho, en símbolo de una actitud alegre y desenvuelta ante la vida. En cualquier caso, si lo que Mletzko quería hacer era probar que se cumple el precepto que traía a colación en una de sus obras anteriores—“*Suntne compatibles laetitia et lingua Latina? Sunt!*”—, no cabe duda de que lo ha conse-

guido, tanto por el colorido tenue pero luminoso de las acuarelas que acompañan a los textos, como porque los versos escogidos, aún no ajustándose estrictamente a la definición del tópico, son lo suficientemente interesantes como

para hacer surgir en el lector no especializado el deseo de conocer los originales.

MÓNICA MARÍA MARTÍNEZ
SARIEGO

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

NOTAS

- 1 “La poesía igual que la pintura: la habrá que, si estás/ cerca, te capte más y otra, si estás más alejado;/ una gusta de la oscuridad, quiere ser vista a la luz/ la que no teme al agudo acumen del crítico; ésta gustó/ una vez, aquella gustará, aunque se vea diez veces”. Traducción de H. Silvestre en Horacio, *Sátiras. Epístolas. Epístola a los Pisones*, Madrid, Cátedra, 1996, p. 569.
- 2 Especialmente en Alemania, patria del autor, donde la novelización de N.H. Kleinbaum es lectura obligatoria en secundaria y donde han proliferado, más que en ninguna otra parte, las guías de lectura y/o de visualización del film.
- 3 “Entretanto, mientras el destino lo consiente, amémonos. Ya llegará la Muerte con su cabeza cubierta de tinieblas, ya se deslizará la edad de la pereza; no estará bien visto amar, ni decirnos ternezas con la cabeza canosa”. Traducción de A. Soler Ruiz en Catulo-Tíbulo, *Poemas. Elegías*, Madrid, Gredos, 1993, p. 278. El fragmento es interesante no sólo considerado en sí mismo sino también porque la fórmula “*dum fata sinunt*” volveremos a encontrarla en Propercio y en algún coro de Séneca, este último sí incluido por Mletzko en pp.16-17.
- 4 “No vi nada que no fuera elogiable, y/ desnuda, la apreté contra mi cuerpo./ ¿Quién desconoce el resto? Fatigados/ los dos nos entregamos al reposo./ ¡Ojalá con frecuencia/ los mediodías así se me presenten!”. Traducción de J.A.González Iglesias en Ovidio, *Amores. Arte de Amar*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 156-157.
- 5 “Porque si faltan las fuerzas, el haberse atrevido/ será una gloria; en lo grande basta incluso con haberlo querido”. Traducción de F. Moya y A. Ruiz de Elvira en Propercio, *Elegías*, Cátedra, Madrid, 2001, p. 277.

GALENO: *Sobre la composición de los medicamentos según los lugares. (Libro II)*. Introducción, traducción, notas e índices de Germán Santana Henríquez. S. P. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2005, 157 pp.

El profesor de Filología Griega de la Universidad de Las Palmas pertenece al grupo de helenistas que, coordinados por el Catedrático de la UNED Juan Antonio López Férez, viene traduciendo al español desde 1996 las obras de Galeno para Ediciones Clásicas. En esa editorial han aparecido ya cinco volúmenes que recogen los siguientes tratados: el primero, *Sobre los lugares afectados*, de María del Carmen García Sola; el segundo, *Sobre las facultades naturales. / Sobre la constitución del arte médica. A Patrófilo*, de Dolores Lara Nava; el tercero, *Sobre las crisis*, de Ignacio Rodríguez Alfageme; el cuarto, *Trasíbulo o Sobre si la salud depende de la medicina o de la gimnástica. / Sobre el ejercicio con la pelotita. / Sobre los placeres sexuales. / Sobre el coma según Hipócrates. / Sobre la diagnosis y curación de las afecciones del alma de cada uno. / Sobre la diagnosis y curación de las faltas del alma de cada uno*, de Jesús María Nieto Ibáñez; y el quinto, *Sinopsis de Galeno de su propia obra sobre pulsos*, de Luis Miguel Pino Campos. Nos consta que están en prensa varios volúmenes más, entre los que se encuentra la

traducción completa del tratado que ahora se publica parcialmente (sólo el libro segundo) en edición bilingüe.

La tarea de traducir al español las obras de Galeno es una vieja aspiración de los helenistas españoles que remonta al proyecto de Donaciano Martínez Vélez de traducir a los médicos griegos, para lo que quiso contar con la colaboración de un grupo de médicos españoles encabezados por Federico Rubio y Galí. El proyecto no se llevaría a cabo, como tampoco el que emprendiera en 1947 Aníbal Ruiz Moreno en Argentina con la colaboración de Julio Lafont, Antonio Tovar e Irene Augusta Arias entre otros, de cuyo proyecto sólo pudieron ver la luz varias traducciones hechas algunas sobre las versiones latinas por carecer de los textos griegos, como se reconoce en la introducción al primero de los volúmenes aparecidos. En los últimos años la Biblioteca Clásica Gredos se ha incorporado a la tarea de ofrecer también una traducción de Galeno si bien no está claro si su objetivo es traducir todas sus obras o sólo algunas. Por

otro lado, se publicó la traducción de cuatro obras en la editorial Coloquio por parte de J. A. Ochoa y Lourdes Sanz (1986, 2ª. ed.).

El profesor Santana Henríquez ha dividido su libro en cinco partes: una Nota preliminar, una Introducción, la edición bilingüe griego - español, una bibliografía y dos índices de nombres propios y de plantas. La nota previa sitúa la obra traducida dentro del conjunto de la obra médica de Galeno y destaca la semántica peculiar que adquieren los términos usados, pues siendo muchos de ellos vocablos comunes de la lengua griega, poseen en este contexto una significación específica en el ámbito científico.

La Introducción aborda la cuestión de la labor del traductor y la sorpresa que resulta al comprobar que esta obra de Galeno, encuadrada dentro de una de las disciplinas más cultivadas desde la Antigüedad, cual es la de la farmacopea, no haya sido traducida hasta ahora a ninguna lengua moderna. Tras hacer una breve síntesis biográfica del médico de Pérgamo y de resaltar las principales características de su obra médica como pueden ser su eclecticismo, la aplicación de la analogía y la

dissección de animales para poder conocer mejor la anatomía. Luego sigue sintetizando sus principales ideas que conforman su concepción del hombre como animal sapiente y único divino sobre la tierra: la razón es el elemento que diferencia la naturaleza del hombre de la del resto de los seres vivos; las manos y los pies son los órganos y partes del cuerpo de que se sirve la razón para escribir y hacer cuantas acciones lleva a cabo, además de caminar erguido. El repaso de las funciones vitales, de la fisiología descriptiva e interpretativa con sus causas eficiente y final, las partes, elementos (aire, agua, tierra, fuego) y humores (sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema o pituita) con sus propiedades (caliente, frío, húmedo y seco). Destaca también el carácter subjetivo de la enfermedad y la existencia de causas externas e internas; las clasifica en simples (afectan a una parte) con cuatro subdivisiones, y por simpatía (afectan a varias partes) con tres tipos (agudas, muy agudas y crónicas). La finalidad principal del médico es curar al enfermo y su doctrina terapéutica responde a varios principios (proceso morboso, naturaleza del órgano, constitución del enfermo o agentes exte-

riores). La homeopatía y la dieta forman parte de un buen régimen de vida y sus ideas farmacológicas responden a un complejo sistema de preparación, administración y aplicación.

El segundo libro de este tratado *Sobre la composición de los medicamentos según los lugares* se inicia con su crítica a los errores cometidos por los médicos anteriores, porque han recetado tratamientos, por ejemplo, para el dolor de cabeza, sin distinguir cuál era el origen de ese dolor, pues cada medicamento va indicado para un único tipo de cefalea. Y a partir de esta denuncia se va desarrollando una crítica y un análisis de los diferentes medicamentos que pueden ser recetados a los pacientes, a la vez que se comentan las doctrinas de otros médicos. Finaliza la introducción exponiendo los casos de los agentes estimulantes que se aplicaban en algunos cultos, como era el de los misterios de Eleusis y la forma de paliar los efectos de la embriaguez.

La edición ha sido muy cuidada sin apenas erratas. La fecha del año 200 d. C., admitida tradicionalmente para la muerte de Galeno, hoy ha sido rebatida por los estu-

dios de V. Nutton de 1984 y 1995, quien propone como fecha más probable la de un año comprendido entre el 210 y el 216, período en el que reinó Caracalla y en el que según unos manuscritos medievales aún viviría Galeno (Véase nuestra Introducción a *Sinopsis de Galeno de su propia obra sobre pulsos*, Madrid 2005, pp. 11-14).

El esfuerzo del traductor es encomiable en esta ocasión, pues a la dificultad de traducción de cualquier texto de contenido científico se une la especial dificultad de un texto repleto de términos poco conocidos de la botánica, de las pesas y medidas, de los recipientes, etc. Se requiere una especial relación con la farmacopea para poder atender las dificultades de interpretación y traducción de los pasajes que contienen recetas y medicamentos, así como los modos de su preparación y aplicación.

Felicitemos, por tanto, al profesor Germán Santana y confiamos en que pronto salga la traducción anotada y comentada de este largo tratado sobre medicamentos.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

Universidad de La Laguna

SILVA. *Estudios de humanismo y tradición clásica*. 4. 2005. Universidad de León, 421 pp.

El cuarto número de *Silva* reúne nueve estudios y quince reseñas. Los primeros se ocupan de los temas siguientes: el uso del mapa de Mercator como si de un texto se tratara (L. Beck), el *Itinerarium* de Alejandro Geraldini (C. González Vázquez), la traducción neolatina de las *Aventuras de Telémaco* de Fénelon (R. Manchón), la versión de *Filomela* de Antonio López de Vega (A. M^a. Martín), la épica heroica del mejicano Gaspar Pérez de Villagrá (Manuel M. Martín), el poeta neolatino Ruiz de Villegas y su testamento (V. Moreno), los ecos de Plutarco en los emblemas de Andrea Alciato (A. Pérez Jiménez), los clásicos en Góngora (I. R. Alfageme), y las influencias virgilianas en la épica de *El Monserrate*. Dada la variada temática de los artículos, destacaremos dos que consideramos de especial importancia desde la perspectiva filológica griega.

Uno es el del profesor Aurelio Pérez Jiménez, quien se ha ocupado de los emblemas de Alciato según las ediciones parisinas de 1534 y 1536; el autor ha analizado los ecos plutarqueos que ha encontrado en ellos y los ha comentado

distinguiendo las partes que tienen un claro eco de Plutarco y las que, además de influencia plutarquea, pueden hacer referencia a otros autores como Simónides, Aristóteles, Jenócrates, Gelio, Apuleyo, Plinio, Macrobio, Solino, Eliano, Valerio Máximo, Basilio, etc. De los dieciocho emblemas analizados el autor considera que nueve son claramente de inspiración plutarquea, mientras que dos lo son sólo en parte. Los restantes emblemas recogidos serían de influencia discutible. Hay, por último, emblemas excluidos de este catálogo porque no hay elementos concretos que demuestren la influencia del escritor de Queronea, aunque las ideas expresadas sí sean relacionables con algunas de sus obras. El estudio va acompañado de las principales referencias a los comentaristas de la época y ofrece los textos griegos y latinos así como una traducción castellana. Es de agradecer la reproducción en miniatura de las figuras y de sus respectivas leyendas.

El otro artículo destacable es el del profesor Alfageme quien ha sintetizado sus estudios de tradición clásica en la obra de Luis de

Góngora y Argote. En esta ocasión se ha fijado en la presencia de versos o ideas de autores griegos y latinos, especialmente con referencias a motivos mitológicos. Reconoce a lo largo de su exposición que no todas las frases proceden necesariamente de una fuente clásica, sino que puede reconocerse la influencia de lecturas de autores intermedios (Garcilaso, Fernando de Herrera, Bernardo Tasso, Luis Carrillo de Sotomayor). Tiene importancia la relación de maestros con los que pudo haber estudiado las lenguas clásicas y sus lecturas (El Brocense, Juan Escribano y Diego Cuadrado; pudo estudiar las gramáticas de A. de Nebrija, N. Clénard, Francisco de Vergara y Juan de Villalobos). Entre los autores clásicos citados se encuentran Platón, Tito Livio, Virgilio, Ovidio, Horacio, Lucrecio, Silio Itálico, Séneca, Claudiano y Marcial. Entre los motivos clásicos se encuentran los del amor en la naturaleza, la fugacidad de la vida, el paisaje florido, o temas neoplatónicos como la unión del hombre con la naturaleza, la poesía como una inspiración divina, las ideas como la más profunda realidad; también se comenta el tema de la Bella y la Bestia en *La Fábula de*

Polifemo y Galatea, de clara inspiración ovidiana. Ecos de Homero, Propertio, Plinio, Dión Crisóstomo, Lucano, Séneca, Museo, Cicerón, Catulo, San Agustín, Terencio o Anacreonte son comentados en las páginas siguientes. Las alusiones mitológicas son analizadas según las directrices expuestas por Dámaso Alonso y sirven para situar un fenómeno vital en un mundo lejano y apenas entrevisto. Estas alusiones proporcionan base argumental para un poema, referencias circunstanciales y tópicos literarios. Pero la aportación principal del artículo son las precisiones novedosas en cuanto a las fuentes. Por ejemplo la relativa a Tifeo, cuya inspiración ve más que en la fuente ovidiana de la *Fábula de Polifemo y Galatea*, en la *Teogonía* de Hesíodo y en la *Pítica* I de Píndaro (pp. 282 y 286) y en el mito de Apolo y Dafne. Otra precisión aparece en p. 287, cuando alude al epíteto del mar en un verso en el que se menciona a Neptuno, referencia que tendría su antecedente en Quinto de Esmirna, seguramente traducido por El Brocense (p. 287). Otros motivos mitológicos como los de la fábula de la zorra y el cuervo, la paradoja de Zenón, Aquiles y la tortuga, Faetón, Medusa y Perseo,

son comentados en las páginas siguientes. Concluye el estudio resumiendo el uso variado que Góngora hace de sus referencias a la literatura grecolatina (adorno, ironía, burla, argumento...).

Respecto a las reseñas quisiéramos destacar al menos el interés de varios de los libros comentados. En primer lugar el de los profesores de la Universidad de La Laguna Maravillas Aguiar Aguiar (del área de Estudios Árabes e Islámicos) y José Antonio González Marrero (del área de Filología Latina), quienes han publicado la edición diplomática de un tratado astronómico, cuyo texto -originariamente árabe-hoy perdido, fue traducido a la lengua valenciana en 1456 y entre 1463 y 1464 lo copió y lo tradujo casi entero al latín el médico Johannes Bonie. Los manuscritos de este médico se conservan en Francia (Ms. 7416-A B. N.). La edición y traducción al castellano de dichos textos va acompañada de los pertinentes comentarios, de una amplia introducción al instrumento llamado *Sexagenarium*, objeto plano en forma de cuarto de círculo que, por una de sus caras, contiene una especie de planetario, y consiste en un disco con quince círculos concéntricos sobre el que

hay una regleta móvil; esta cara del objeto se utilizaba para hallar la longitud de las coordenadas angulares; la otra cara ofrecía el trazado de un cuadrante de senos y se aplicaba para el cálculo de trigonometría plana y esférica. El interés singular del tratado en lengua valenciana está en que es el único en una lengua romance que recoge una explicación de los usos y aplicaciones del cuadrante de senos y la historia de ese texto es un claro ejemplo de transmisión científica desde el árabe al latín a través de la lengua valenciana. Este libro ha recibido el VII Premio Ibn al-Abbar de Investigación.

Es de interés, igualmente, el libro de Arias Montano y Philips Galle, *Virorum doctorum de disciplinis benemerentium effigies XLIII*, publicado en Amberes en 1572, que, de la mano de Gómez Canseco y Navarro Antolín forma parte de la colección *Bibliotheca Montaniana*. Además de las pinturas de Philips de cuarenta y tres personajes bien conocidos de distintas épocas, como son los casos de Plantino y Ortelio, y de los epigramas encomiásticos, se ofrece un estudio preliminar, edición crítica y traducción, apéndices, variantes iconográficas, fuentes, modelos, pervi-

vencia y noticias biográficas de los personajes retratados.

Desde la perspectiva de la historia de Canarias y de Brasil tiene un destacado interés el libro coordinado por Carlos J. Castro Brunetto titulado *Anchieta y los pueblos indígenas del Brasil* que en 2004 publicó la Fundación Canaria Mapfre-Guanarteme y el Ayuntamiento tinerfeño de La Laguna. En él se recogen once estudios que abordan la figura del llamado Apóstol del Brasil (José de Anchieta), la situación política y jurídica del indio brasileño en los tiempos de la conquista, la presen-

cia del indio brasileño en la literatura y en las artes y cuestiones etnográficas.

Son también destacables los libros comentados de Erasmo de Rotterdam (*Coloquios familiares*), el décimo volumen de Cipriano de la Huerga y el que estudia los mitos grecolatinos en una parte de la obra de Lope de Vega, a cargo de J. A. Martínez Berbel.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

Universidad de La Laguna

GALENO: *Sobre las crisis*. Traducción, introducción y notas de Ignacio Rodríguez Alfageme. Madrid 2003, Ediciones Clásicas, 205 pp.

El catedrático de Filología Griega de la U. Complutense de Madrid, Doctor Rodríguez Alfageme se ha venido ocupando entre otras líneas de investigación de los textos médicos griegos, sean los del *Corpus Hippocraticum* o sean los de Galeno. En esta ocasión ha sido presentado el libro titulado *Peri kriseon* (en las versiones latinas *De crisisibus*). Por otro lado, además de presentar algunos estudios específicos sobre Galeno, ha publicado un libro de gran interés, *Literatura científica griega* (Madrid 2004, Síntesis; reseñado por nosotros en *Philologica Canariensia*), en el que la medicina griega y sus autores más conocidos han recibido atención en los capítulos 2.2.3, 4.2, 4.3 y 6.4.

Sobre las crisis de Galeno presenta el orden expositivo que caracteriza la colección de autores griegos que Ediciones Clásicas viene publicando hace ya más de quince años bajo la dirección del profesor de la UNED Doctor don Juan Antonio López Férez. Una introducción, bibliografía, traducción con notas (doscientas treinta y seis) e índice de nombres propios suele ser lo común. En este caso se

ha añadido un glosario de términos griegos y castellanos que, dadas las especificidades de la terminología médica, es muy útil.

En la introducción el traductor sitúa la composición de la obra en el año 175 d. C., de acuerdo con el estudio de V. Nutton «The patient choice. A new treatise by Galen», *CQ* 40, 1990, 236-257, espec. 240-241. Se hace una breve síntesis de la historia del texto, de sus versiones latinas y de su enseñanza en universidades españolas hasta el siglo XVIII. Dividido el tratado en tres libros, las líneas generales de su contenido se distribuyen así: en el primer libro analiza las fases de la enfermedad y su diagnóstico; en el segundo, los tipos de fiebres, y en el tercero, el diagnóstico y pronóstico de las crisis según cada tipo de fiebre.

Como es lógico, en este libro Galeno alude a partes de su doctrina que ha desarrollado o va a desarrollar en otros libros. Es el caso de su doctrina del pulso, que adquiere máxima importancia por la novedad que implica, porque afirma que todo cuanto dice de las crisis se puede encontrar de una u

otra forma expresado o insinuado en los libros de Hipócrates, mientras que cuanto expone relacionado con los pulsos es una novedad en la teoría médica que sólo él ha aportado hasta ese momento. Por tanto, si son importantes los siete tratados de pulsos de Galeno que conservamos (escribió un octavo libro, hoy perdido, dedicado a la doctrina esfigmológica de Arquígenes), es necesario completar lo expuesto en ellos con lo que en *Sobre las crisis* Galeno añade a su propia teoría. En efecto, Galeno reconoce que, para establecer correctamente el diagnóstico y el pronóstico de las crisis, es necesario observar el pulso del paciente.

A pesar de la importancia que este texto de Galeno tiene, hasta ahora no había sido traducido a ninguna lengua moderna, por lo que esta publicación merece una primera felicitación. Por otro lado, el texto cuenta con varias ediciones renacentistas (Venecia, 1525, Basilea, 1538, París, 1679), la más difundida de Kühn (*Opera omnia*, IX 550-768, Leipzig, 1825, 1965r) y la más reciente de B. Alexander (*Galenos peri kriseon*, Gotemburgo, 1967). El tratado de Galeno aparece dividido en los tres libros mencionados y cada uno, a su vez,

en dieciocho, trece y once capítulos, respectivamente.

Una lectura del glosario griego-español da cuenta de la gran dificultad que existe en nuestros días para traducir una obra médica antigua pues, como el autor reconoce, hay términos médicos griegos que perduran en nuestros días pero con un significado distinto al que en la antigüedad tuvieron, lo mismo que ocurre con los términos latinos. A esa dificultad se añade el que en las distintas lenguas modernas la traducción de esos términos técnicos de la Medicina no siguen unas pautas comunes, por lo que se explica que muchos especialistas propongan mantener el término técnico en su forma latina. En este sentido es muy clarificador el estudio de Françoise Skoda, «La constitution du vocabulaire médical en grec ancien: comparaison avec les lexiques de botanique et de zoologie» (en J. A. López Férez, ed., *La lengua científica griega: orígenes, desarrollo e influencia en las lenguas modernas europeas*. III, Madrid 2004, Ediciones Clásicas, pp. 155-172), en el que señala orígenes y modos de composición de esa terminología que explicarían la ambigüedad y polisemia de algunos términos.

Así pues, es una grata noticia poder contar con una primera traducción al español anotada, lo que ayudará con toda seguridad a que los médicos interesados en la historia de la Medicina conozcan lo que Galeno, y tras él toda la medicina medieval y renacentista, entendía por enfermedad, fiebre y crisis; igualmente, este libro es de gran interés para los filólogos clá-

sicos, pues nos ofrece una vía más fácil de acercamiento a esta obra de Galeno. Por todo ello, expresamos nuestra enhorabuena al traductor y a la editorial por el acierto de esta publicación.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

Universidad de La Laguna

ISABEL COLÓN CALDERÓN Y JESÚS PONCE CÁRDENAS (eds.): *Estudios sobre Tradición Clásica y Mitología en el Siglo de Oro*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2003, 189 pp.

Ofrece este libro las ponencias presentadas al Seminario celebrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid los días 11 y 12 de diciembre de 2000, bajo el título “La Mitología en el Siglo de Oro”, en el que participaron profesores de los Departamentos de Filología Española, Latina y Griega de la citada Universidad. Sus contenidos se dividen en temas de Tradición Clásica y temas míticos grecolatinos en la Literatura Española de los siglos XVI y XVII. El orden de los estudios responde a un criterio de género literario general: poesía, prosa y teatro.

En el primero (verso) se agrupan los estudios de Paolo Pin-tacuda (“Andanzas de un romance de Dido y Eneas”, con los poemas “Huyendo va el cruel Eneas...” y “Por el ausencia de Eneas...”), Sol Galván (Diego Hurtado de Mendoza), Félix Piñero (Góngora, *Soledad* l.74), Jesús Sepúlveda (Quevedo), Juan Luis Arcaz (*Orfeo* de Juan Pérez de Montalbán), Paloma Fanconi (*El Bandolero* de Tirso) e Isabel Colón (Lucina - Juno). En el segundo grupo

(prosa) se incluyen los estudios de Nieves Algaba (Venus), Vicente Cristóbal (novela pastoril de Montemayor, Gil Polo, Loe y Cervantes), y Alejandro Medina (Fortuna). En el tercer grupo (teatro) se incluyen los estudios de Juan Matas (Calderón) y José Manuel Trabado (Lope de Vega). Dos estudios completan esta incursión en la Mitología Clásica del Siglo de Oro español, los de María Pilar Couceiro (el paso al Más Allá) y Álvaro Alonso (traducciones de la *Metamorfosis*).

Todos esos estudios van precedidos de una Presentación de los editores y de un Proemio de Antonio Prieto Martín, que enmarca histórica y conceptualmente la fusión poética experimentada por la literatura grecolatina en la literatura áurea española.

Son ya muchos los estudios dedicados a la pervivencia de la literatura y mito grecolatinos en el Siglo de Oro español, como demuestran los coautores en cada una de las ponencias ahora publicadas. Otros estudios permanecen aún en prensa y nos consta cómo en varias universidades españolas y extranjeras se están realizando

tesis doctorales sobre estos dos campos.

Así pues, estamos seguros de que esta publicación será de amplia utilización y consulta no sólo por los que se ocupan de la literatura griega y latina, sino también por aquéllos que centrados en la literatura hispana comparten la necesidad de estudios interdepartamentales. Este libro es un buen ejemplo de esa colaboración, de la que

tanto están necesitadas la literatura hispana y clásica. Desearíamos que ese Seminario de Mitología y de Tradición Clásica en la Literatura Española se difundiera en otros ámbitos y que celebrase nuevos encuentros para deleite e instrucción de estudiantes y lectores.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS.

Universidad de La Laguna

PORFIRIO DE TIRO: *Contra los cristianos. Recopilación de fragmentos, traducción, introducción y notas* de Enrique A. Ramos Jurado, Joaquín Ritoré Ponce, Antonia Carmona Vázquez, Inmaculada Rodríguez Moreno, Francisco Javier Ortolá Salas, José María Zamora Calvo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2006, 173 pp.

Se ha publicado por primera vez una traducción al español del conocido *Corpus* de fragmentos titulado *Contra los cristianos*, obra que Porfirio compuso con este nombre en fecha no aclarada pero que se sitúa entre los años 268 y 303 d. C. Según se explica en la Introducción, la obra de Porfirio (Tiro 233 - Roma 305) constaba de quince libros que su autor redactó cuando se encontraba en Sicilia (estancia de varios años desde el 268). El contenido de la obra era una crítica argumentada contra las creencias y dogmas de la nueva religión cristiana, crítica que pudo coincidir, o estar favorecida, con las persecuciones oficiales dictadas por Decio (250), Vespasiano (257-260) o Diocleciano (303). Pero después de que el Cristianismo fuese tolerado por Constantino (emperador durante 306-337; publica el Edicto de Milán en 313) cesó paulatinamente la persecución de los cristianos, y la publicación de libros como el de Porfirio fue eliminada. Así debió ocurrir en

Constantino (332), de Teodosio II (Imperio Or., 408-450) y de Valentiniano III (Imperio Occ., 425-455, 488), quienes contribuyeron a la quema y desaparición de cuantos libros incluyesen comentarios contrarios al Cristianismo.

Los autores de este libro informan en la Introducción que ya Celso en el año 178 había dirigido un ataque sistemático contra los cristianos en su obra *El Discurso Verdadero*, aunque carecía de profundidad. En cambio, la obra de Porfirio unía la profundidad de pensamiento a su vasta erudición, y logró hacer una crítica sólida. El período posterior de Juliano el Apóstata (331-363, emperador 361-363), supuso una revitalización de los textos anticristianos como había sido el de Porfirio; el mismo emperador quiso restaurar el paganismo y escribió un tratado contra los cristianos titulado *Contra los galileos*. Pero sus sucesores respetaron la nueva religión, se reanudó la persecución de los textos paganos y se favoreció la difusión de libros que refutaran las creen-

cias y argumentos no cristianos. Entre las refutaciones contra Porfirio se suelen señalar las de Metodio de Olimpo, Eusebio de Cesarea y Apolinar de Cesarea. Mas también llegaron ataques contra Porfirio de filas heréticas y paganas que tomaron como fuentes las refutaciones anteriores; tales fueron los casos de Diodoro de Tarso, Filostorgio, Rufino de Aquilea, Cirilo de Alejandría o Teodoreto (pp. 28-29).

Si durante varios siglos esta obra de Porfirio había estado perdida, en el siglo XVII, con Hambourg Lukas Holste (Holstenius), se iniciará un largo proceso de recuperación del texto porfiriano a partir de los pasajes que otros autores habían recogido de su obra, principalmente para refutarlos. El trabajo de Holstenius sería estudiado en 1788 por Nathaniel Lardner y, posteriormente, en 1876, Paul Foucart y Charles Blondel editarían un manuscrito incompleto del *Apocrítico* (o *Monogénés*) de Macario Magnes, manuscrito del siglo XV encontrado en la Biblioteca Nacional de Atenas (luego desaparecido), en el que se supone que una parte del texto correspondería a la obra perdida del filósofo de Tiro (p. 29). Y tras

estas ediciones aparecería el libro de A. von Harnack, en el que, con numerosas reservas, editaba el *corpus* de fragmentos en 1916 incluyendo también la edición de los testimonios sobre esta obra de Porfirio.

Los autores de este novedoso libro, en el que se actualizan los datos biográficos del filósofo nacido en Tiro, los relativos a sus obras y ediciones, y el estado de la cuestión de los fragmentos que integran el llamado *Corpus* del texto *Contra Christianos*, ofrecen la primera traducción al español de cuantos fragmentos han sido editados hasta la fecha y que sueen ser atribuidos a Porfirio, lo que los autores insisten en recordar dadas las numerosas discusiones que aún se debaten acerca de su autenticidad. La cautela se concreta cuando en p. 61 reconocen que «los fragmentos... que presumiblemente podrían adscribirse a la obra en concreto serían... », relacionándose sólo treinta y cinco de los ciento doce recogidos y editados. Dado que la única edición de este singular libro de Porfirio *Contra Christianos* es la de A. von Harnack (Berlín 1916), de obligada referencia en todos los estudios, y dado que los nuevos editores han optado por ofrecer

otro orden con cierta coherencia, el propuesto por A. [P. en bibliografía] Benoit (1978, p. 266) que consiste en una ordenación alfabética por autores-fuentes, se ha recogido en esta edición y traducción todos los fragmentos editados por Harnack y todos los nuevos que han aparecido con posterioridad a aquella edición. Para facilitar el estudio y confrontación de los pasajes, se ha ofrecido un cuadro de correspondencias y se ha indicado al comienzo de cada fragmento editado el número de esta edición y, entre paréntesis, el que tenía, cuando así ocurre, en la edición de Harnack.

El estudio realizado por los editores-traductores ha sido verdaderamente arduo como se comprueba en las notas a la edición de los pasajes, en las que queda patente la enorme dificultad encontrada a la hora de localizar y ordenar los pasajes nuevos. Son los casos, por citar unos ejemplos, de las notas 23, 80, 82, 209, 210 y 211. A ello se une la dificultad de traducir pasajes que en muchos casos acuden a la alegoría y a los dobles sentidos, o los que debaten fechas y personajes históricos o bíblicos. El léxico es, igualmente, otra dificultad añadida en el trabajo realizado por es-

te equipo de profesores de la Universidad de Cádiz que han estado dirigidos por el que es desde hace unos años Catedrático de Filología Griega en la Universidad de Sevilla, Doctor Ramos Jurado.

Hemos de destacar, igualmente, el análisis que los autores ofrecen del *corpus*. Tras una primera distinción de tres campos semánticos en los que distribuyen los ciento doce fragmentos (textos sagrados como fuente de transmisión del cristianismo, cristología y dogma cristiano, y prácticas y modos de vida de los cristianos), se subdividen en los siguientes apartados: el primero en a) tergiversaciones y falsificaciones del Antiguo y del Nuevo Testamento; b) fuentes erróneas, inexactitudes históricas y contradicciones del Nuevo Testamento; c) uso inapropiado de la alegoría; el segundo en d) divinidad de Cristo, monoteísmo y politeísmo; e) el misterio cristiano y los conceptos de bautismo, eucaristía y resurrección; y el tercero en f) ruptura con la tradición; y g) jerarquía de los fieles, castas sacerdotales y lugares de culto (p. 46).

Los autores han precedido la edición y traducción de los fragmentos con los testimonios sobre Porfirio que Harnack recogió en

su edición de 1916. En este caso sólo se ofrece la traducción (pp. 77-90) y se mantiene el orden de aquel editor. Tal vez los lectores les hubiéramos agradecido también el que se incluyera la edición de los textos griegos y latinos originales, dado que aquella edición de Harnack es ya casi centenaria y es de muy difícil acceso.

Cierra la introducción una bibliografía de fuentes antiguas y otra de estudios generales. Prácticamente están recogidos todos los estudios fundamentales sobre la obra de Porfirio. Mientras este libro se imprimía, ha aparecido otra traducción inglesa de Robert M. Berchman (2005), que no es mejor que la que en 1994 publicara R. J. Hoffmann (Amherst Nueva York). En 1977 C. Muti había publicado una traducción al italiano (Padua) y en 1999 A. Linguisti ha incluido algunos de los nuevos fragmentos de Porfirio en su *Corpus dei papiri filosofici greci e latini...* (Florencia).

El libro concluye ofreciendo un índice alfabético de los nombres propios (pp. 167-172) que aparecen en los fragmentos editados.

En resumen, los autores de Porfirio, *Contra los cristianos*, han ofrecido un excelente estudio de esta «perdida» obra de Porfirio, sólo recuperada fragmentariamente, de la que han realizado una nueva edición que moderniza y completa la que fuera publicada en 1916, a la vez que la traducen y anotan junto a los testimonios sobre la obra porfiriana. Se incrementa así la traducción al castellano de las obras llegadas hasta nuestros días de este autor griego nacido en la ciudad de Tiro y que siguiera en Atenas las enseñanzas de Longino el filólogo, Demetrio el geómetra, Apolonio el gramático, y, en Roma, las de Plotino.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

Universidad de La Laguna

MARTIN S. RUIPÉREZ, *El mito de Edipo. Lingüística, psicoanálisis y folklore*. Madrid 2006, Alianza Editorial H-4113, 138 pp.

El Doctor don Martín S. Ruipérez acaba de publicar un libro de amena lectura para quienes el mito de Edipo representa uno de los motivos literarios y artísticos griegos de mayor pervivencia y actualidad. Con interés y atención hemos leído su largo centenar de páginas, pues habíamos escuchado al profesor Ruipérez en varias conferencias avanzar algunos aspectos de lo que ahora se expone detalladamente con algunas novedades, notas y comentarios. Culmina en este libro una larga etapa de investigación que remonta en algunos de sus aspectos a la década de los ochenta. En síntesis el libro recoge una interpretación actualizada de los principales datos que sobre el mito han aportado la Lingüística, la Historia, el Psicoanálisis, la Antropología, la Literatura, la Mitología y la Religión. El mito de Edipo ha encontrado en este estudio una explicación de su génesis, evolución histórico-literaria, ubicación geográfica, significado de los antropónimos, semejanzas con leyendas de otros pueblos, etc.

Las ideas principales que se exponen son la profecía de un

parricidio (oráculo), el nacimiento anómalo (nacer de pies) y su exposición o abandono, la prueba (Esfinge), boda incestuosa y acceso al trono. Estas ideas constituirían diversos motivos ancestrales a las que se añadirían secundariamente las ideas de procreación de unos hijos luego malditos, la peste, plaga o castigos de origen divino, la guerra de conquista y muerte de los jefes, etc. Según algunas de las teorías analizadas, el mito remontaría a la idea de una venganza del poder matriarcal pregregio dominado por un nuevo orden patriarcal traído por los indoeuropeos: Layo representaría este nuevo orden, mientras Yocasta representaría el poder matriarcal anterior, que utilizaría a su hijo Edipo para ejecutar la venganza.

Varios estudios ha publicado el profesor Ruipérez desde la década de los ochenta en los que se ha ocupado de estos personajes, de sus características micénicas, de sus nombres, de sus influencias posteriores y del tratamiento dado desde otras esferas ajenas a la Filología. Así, destacaba el rasgo de que algunos antropónimos eran

nombres parlantes, de que las acciones posiblemente remontaran a viejos cuentos populares de anónimo autor y de que era fácil percibir distintas fases cronológicas que remontarían a los siglos XIV-XII a. C.

El libro se ha estructurado en diez apartados de los cuales el primero es una presentación (pp. 7-11) y los dos últimos contienen las notas de cada capítulo (pp. 111-119) y las referencias bibliográficas (pp. 121-136). Reconoce el autor en la «Presentación» que su estudio es de Mitología griega y que se ocupa del mito más conocido de la Antigüedad y más tratado por los especialistas. Justifica su publicación porque ofrece un análisis nuevo a partir de los nuevos referentes cronológicos proporcionados por las tablillas micénicas y porque hay «cierto refinamiento de las técnicas lingüísticas» que permiten comprender mejor el desarrollo del mito. Igualmente, el autor matiza que si bien es lícito acudir a la dimensión histórica para analizar su evolución, no lo es, sin embargo, buscar el sentido antiguo del mito «especulando con un motivo que no parece ser anterior a Eurípides» como es el rapto de Crisipo por Layo incorporado por

este tragediógrafo, del que se hace eco Vernant.

Se ocupa luego del mito en los trágicos con una alusión al poema de Estesícoro publicado por J. M. Bremer en 1987 («Stesichorus. The Lille Papyrus»), según el cual se debe modificar la idea que atribuía a Esquilo ciertas innovaciones como la de que Yocasta había engendrado los cuatro hijos de Edipo. Junto a los tres grandes trágicos, Ruipérez menciona a otros que se ocuparon de este mito como Aqueo de Eretria, Filocles, Jenocles, Nicómaco, Cárcino de Agrigento, Teodectas de Faselis, Timocles, Diógenes de Sinope, Licofrón de Calcis y Nicómaco de Alejandría en Tróade.

El capítulo segundo se ocupa de las alusiones de época preclásica como son las de Homero, Hesíodo, Ferécides, Estesícoro y las que se conservan en *Tebaida* y *Oidípódia*, con alusiones a Pausanias y a Apolodoro. El capítulo tercero aborda las interpretaciones del mito realizadas por el Psicoanálisis, el folklore (cuento popular) y la Antropología. Autores como Martin P. Nilsson, Roscher, Preller, Gruppe, Burkert, J. Harrison, Robert, Gernet, Delcourt, Propp (y su tipología con los personajes

André de Creta, Judas, Gregorio y Albano), Lévi-Strauss y Eric Fromm. En el capítulo siguiente se analizan los datos históricos que permiten situar cronológicamente el mito en sus distintas fases.

Desde el punto de vista lingüístico es el capítulo quinto el de mayor interés, pues en él se analizan detalladamente las formas y significados posibles de los antropónimos que integran el mito, afirmando su clara posición ante cada interpretación.

El capítulo siguiente es un desglose del mito en sus diferentes elementos: profecía, exposición o abandono del recién nacido, pie anormal, parricidio, esfinge, incesto, acceso al trono. Los capítulos séptimo y octavo se ocupan del proceso de formación del mito y

de cómo fue tratado en la Antigüedad latina y en las Edades Moderna y Contemporánea. Este último apartado resulta hoy en día amplísimo, por lo que se remite a los principales repertorios bibliográficos de esta tradición. Como hemos dicho antes, concluye el libro con las notas de los capítulos y las referencias bibliográficas.

Felicitemos al profesor Martín S. Ruipérez por su excelente aportación al mito de Edipo y le agradecemos los esfuerzos que ha debido hacer para que su libro haya podido ser publicado.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

Universidad de La Laguna

ANTONIO M.^a MARTÍN RODRÍGUEZ Y GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ (coords.), *El Humanismo español, su proyección en América y Canarias en la época del Humanismo*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2006, 445 pp.

Presentar un libro sobre el Humanismo español después de la amplísima nómina de investigadores (entre los que se cuentan los más ilustres que las letras españolas han dado en el siglo pasado), y no digamos el inabarcable número de publicaciones que se han realizado, parece poco menos que un atrevimiento; más si se tienen en cuenta los tiempos que corren, poco propicios para asuntos que en apariencia tan lejos y a trasmano le quedan a esta sociedad de hoy. Ese atrevimiento es el que han tenido los responsables o coordinadores de esta nueva publicación, pertenecientes al grupo de investigación *Humanistas Españoles*.

Pero precisamente porque el tema no se ha agotado a pesar del sinnúmero de trabajos a él dedicados, sino que, muy al contrario, por momentos nos ofrece nuevas aristas, nuevos caminos por los que transitar, que descubrir, se ha formado el ya citado grupo de investigación, que no tiene otro objetivo que seguir profundizando en este pozo insondable que fue el Humanismo español, que tantos y

tan variados aspectos tocó y en el que tantas y tan diversas personalidades se inscribieron, la flor y nata de la cultura española del siglo XVI. La propia composición del grupo (que aglutina a investigadores de distintas universidades españolas y americanas), la línea editorial ya iniciada con los estudios y ediciones críticas de los humanistas, la revista *Silva* y los congresos ya celebrados son suficientes argumentos para convencernos de una labor bien hecha, de una investigación seria y rigurosa y, sobre todo, de que el Humanismo, pese a las circunstancias, sigue vigente, e incluso, nos atreveríamos a decir, tanto que no deja de ser una permanente fuente de conocimiento, al que si acudiéramos con más frecuencia de seguro que todo nos iría mejor. La prueba de ello es el libro que aquí reseñamos, cuyo título ya nos pone en antecedentes de esos nuevos caminos que nos ofrece un movimiento cultural tan amplio como fue el Humanismo: América y Canarias.

Antes que nada, debemos decir que la propia configuración del

libro y su distribución nos parece el primer acierto. El carácter misceláneo, tan del gusto humanista, con la serie de artículos que lo conforman, adquiere su orden y sentido en torno a las tres partes en las que se distribuyen: *Humanismo español y europeo, El Humanismo español y su proyección en América, y Canarias en la época del Humanismo*. De acuerdo con estos apartados, quizá sea el primero de ellos el que menos relación tenga con el título de la publicación, centrado en América y Canarias; sin embargo, dos razones nos llevan a considerar pertinente su inclusión: en primer lugar, la propia conformación del libro, ya que la reunión de artículos le permite al lector elegir su lectura sin menoscabo del conjunto; y en segundo lugar, los temas que tratan los trabajos incluidos en esta primera parte, que, por su interés y variedad, bien merecían que se les abriera esa primera parte del libro,

Precisamente esa variedad es la que lleva al lector desde las cuestiones filosóficas desarrolladas en los dos primeros artículos, “El *cogito* cartesiano y la cuestión de sus precursores españoles” (Benjamín García Hernández, pp. 17-37) y “El problema de las ciencias en el

Quod nihil scitur de Francisco Sánchez” (Isabel Lafuente Guantes, pp. 38-55), hasta llegar a los asuntos bibliográficos que nos proponen otros dos trabajos, “Lorenzo de Zamora: nuevos datos para el primer inventario completo de sus obras y escritos” (Raúl López López, pp. 69-93) y “Arte y humanismo de la Biblioteca de San Isidoro de León” (Dolores Campos Sánchez-Bordona, pp. 133-146), pasando por temas que nos llegan a asombrar por su actualidad, como “La dietética en los regimientos de salud del siglo XVI español: análisis de la obra de Francisco Núñez de Coria” (pp. 95-115) y “El humanista inglés Richard Mulcaster: ideas pedagógicas y propuesta de educación física” (pp. 117-132), elaborados en colaboración por Eduardo Álvarez del Palacio y Beatriz Fernández Díez. Apartado este primero del libro que, como decíamos, muestra más a las claras su carácter misceláneo, pero en el que el interés, la curiosidad (otro término muy humanístico) del lector se ven más que satisfechos cuando al pasar por las páginas de estos trabajos se va empapando de asuntos tan diversos como la demostración de que el *cogito* cartesiano no se debe a la influencia de

los humanistas españoles en el célebre filósofo francés, o los consejos para la salud que nos ofrece ya en 1569 el humanista toledano Francisco Núñez de Coria en su obra *Regimiento y aviso de sanidad, que trata de todos los géneros de alimentos y del regimiento della*, en el que toca todos los asuntos referidos a la salud, desde el cuidado del cuerpo y las propiedades de los alimentos, hasta los hábitos de vida sanos, sin olvidar entre ellos las prácticas sexuales. De no menor interés, por la importancia que ello tiene para posteriores investigadores, son las relaciones y ediciones de obras de un determinado escritor, como la que nos ofrece Raúl López López del humanista Lorenzo de Zamora.

La segunda sección del libro, dedicada al “Humanismo español y su proyección en América”, se abre con un trabajo de Jesús Paniagua Pérez titulado “La visión del hombre americano en Benito Arias Montano y Pedro de Valencia” (pp. 149-171). Se unen así en este artículo dos nombres y un tema que por sí definen la labor desarrollada por el Grupo de Investigación. No en vano reconocen sus editores en la presentación que Pedro de Valencia es “uno de los autores más estudiados por el

Grupo”. La relación maestro-discípulo, que pronto se convertiría en una relación de amistad entre ambos humanistas, se refleja también en el concepto que articularán, siempre a través de la Biblia, del hombre americano; aunque Valencia, en calidad de cronista de Indias, a su pesar, tuviese un contacto más intenso con la realidad de ese Nuevo Continente que tanto interés como problemas despertaba en la España de la segunda mitad del siglo XVI. El artículo que sigue, “La educación en América según las *Relaciones de Indias* de Pedro de Valencia” (pp. 173-188), de Jesús Paradinas, es un buen complemento del primero, así como una excelente fuente de información sobre las principales ciudades americanas en muy variados aspectos.

Conforman esta sección del libro, además de los dos artículos ya señalados, tres dedicados a estudiar la dimensión y trascendencia de otros tantos humanistas y sus correspondientes obras: Gaspar Pérez de Villagrà y la recepción crítica de su poema *Historia de la Nueva México* (de Manuel M.^a Martín Rodríguez, pp. 189-253), o las figuras de Juan Ignacio Castorena y Ursúa (Isabel Arenas

Futos, pp. 273-286) y de José Antonio de Alzate Ramírez (Justina Sarabia Viejo, pp. 287-298), con los que nos adentramos en la cultura americana del siglo XVIII. Finalmente, el trabajo de M.^a Isabel Viforcós Marinas sobre “Libros y lecturas a la luz de la normativa sinodal y conciliar hispanoamericana (siglos XVI-XVIII)” (pp. 255-271) se inscribe en esa línea de investigación tan importante como actual sobre el mundo cultural en torno al libro y la lectura. Desde el ya clásico *Historia del libro* de Svend Dahl y el más actual de Frédéric Barbier hasta llegar a los investigadores que se han ocupado de la imprenta, el libro y la lectura en España (entre los que contamos a Pedro M.^a Cátedra, Jaime Moll o Trevor J. Dadson, por citar sólo algunos), el mundo del libro y su recepción no han decaído en interés por parte tanto de la investigación como de los aficionados a un tema tan apasionante como laberíntico.

Por último, el tercer apartado recoge los cinco trabajos dedicados al Humanismo canario. Aunque diversos en temática, cuatro de ellos mantienen el denominador común de la literatura, aunque también en aspectos variados:

“Fuentes críticas para la edición de los poemas latinos de José de Anchieta” de Francisco González Luis (pp. 327-372); “*Los eslabones más fuertes de las cadenas de Alcides*. Una retórica inédita de raíces humanísticas en las Canarias del siglo XVIII”, de Eugenio Padorno (pp. 385-393); un estudio de la pervivencia de los textos bíblicos en la tradición oral de Canarias a cargo de M.^a Mónica Martínez Sariego (pp. 395-415), y un trabajo firmado por Belén González Morales sobre la obra poética de Bartolomé Cairasco de Figueroa (pp. 373-383), poeta al que ninguna actividad cultural una vez asentado en Gran Canaria le fue ajena, y de cuya estancia en Sevilla nos dejó una sátira en esdrújulos (B.A.E. t. XLII) contra el ambiente poético de la capital del Guadalquivir.

Finalmente, y aunque abre esta tercera sección, hemos dejado para terminar el trabajo de Carmen González Vázquez “Las Islas Canarias en el *Itinerarium ad Regiones sub Aequinoctiali plaga constitutas* de Alejandro Geraldini” (pp. 301-326), porque en el análisis de las Canarias como eslabón entre el viejo mundo y el nuevo continente podemos comprobar la razón de ser de este libro. La idea de las

Canarias que dejó Geraldini como “el límite del mundo occidental para la navegación. A partir de ahí el viaje es incierto, peligroso y vedado salvo para unos pocos viajeros curiosos y valientes”, se ratifica plenamente en el papel que jugaron aquellos humanistas, “curiosos y valientes”, que tuvie-

ron la clarividencia de tender puentes entre ambos mundos. La misma clarividencia que hoy tiene el Grupo de Investigación que alumbra este libro.

JOSÉ LÓPEZ ROMERO

I.E.S. Padre L. Coloma, Jérez de la Frontera

NORMAS PARA LA PUBLICACIÓN DE ARTÍCULOS

1. Los artículos tendrán una extensión máxima de veinte folios, escritos a doble espacio, salvo aquellas partes que hayan de imprimirse en cuerpo menor, que lo harán con sangrado y a un espacio; deberán ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés, y cada uno no exederá las 10 líneas; las notas no sobrepasarán los diez folios; las reseñas bibliográficas no exederán los siete folios y se confeccionarán según las normas UNE.
2. Cualquier tipo de trabajo deberá entregarse en diskette de 3,5 (*microfloppy disk*), doble cara y baja densidad (WP o WS). Se presentará un disquete para cada trabajo, acompañado de una copia en papel.
3. El título del trabajo se presentará en mayúsculas, seguido del nombre y apellido(s) del autor, así como la Universidad, centro o entidad investigadora a la que está adscrito el autor.
4. Los subtítulos y apartados generales del trabajo irán en versalita, y se colocarán, sin sangrar, a la izquierda del renglón.
5. Las palabras o frases que sean objeto de estudio dentro del artículo se indicarán con cursiva, distintivo que se hará extensible a palabras o locuciones extranjeras y a títulos de libros y revistas.
6. Las citas textuales deben ir entre comillas si, incorporadas al texto, no sobrepasan las cuatro líneas; si se sitúan fuera del renglón (sangrado el texto de la cita), irán sin comillas.
7. La comilla simple se utilizará: a) para indicar los significados de palabras utilizadas; b) cuando se quiere llamar la atención sobre un tecnicismo, especialmente, cuando éste es poco usado y se va a proceder a su definición; c) cuando una palabra está utilizada en sentido peculiar.
8. En los títulos y citas en idioma extranjero debe seguirse el sistema ortográfico adoptado en el respectivo idioma.
9. Las notas deben escribirse al final del trabajo y su numeración debe ser consecutiva y progresiva. Cuando una obra se cita por primera vez, se dará referencia completa del título del trabajo citado, y a partir de ahí se pueden adoptar una abreviatura o siglas.
10. Cuando el trabajo ofrezca una lista final de referencias bibliográficas, deberán consignarse en primer lugar, y alfabéticamente, apellidos(s) del autor seguido(s) del nombre y de los títulos correspondientes, sea de revistas, libros o artículos, que deban citarse completos.